

TEOLOGÍA

Brian E. DALEY, *Cristo, el Dios visible. Retorno a la cristología de la edad patristica, Sígueme, Salamanca 2018, 381 pp.*

La lectura de esta obra nos sumerge en toda una serie de vicisitudes, dudas, discusiones y grandes afirmaciones en torno a la figura de Jesús. Hoy nos es fácil creer en él, muerto y resucitado, pero esta fe nos ha llegado a través de una historia de Concilios, Sínodos de Obispos, etc. Ya en el 381 se da el C. de Constantinopla que nos regala las cartas de Cirilo y León en lo tocante a la cristología. “Si Dios habló en otros tiempos, ahora nos está hablando por medio del Concilio de Nicea”, cuya propuesta de fe era necesaria para la ordenación episcopal. Justiniano reforzó las declaraciones cristológicas de Calcedonia; en Constantinopla II se deja claro que “la única hipóstasis o persona en Cristo no es otra que el Verbo eterno de Dios”.

Calcedonia, más de una vez, dividió la opinión de los cristianos; existió

el peligro de reducir la reflexión sobre el misterio de Cristo a un ejercicio de metafísica paradójica. Muchas fueron las discusiones de los s. III y IV, pero hay autores que afirman se deberían haber recuperado algunos de los olvidos. En el s. II va surgiendo de las comunidades una determinada comprensión de Jesús, pese a la variedad de formas y estilos: Jesús aparece como un judío observante que cumple la promesa, es el revelador de la rehabilitación de todas las criaturas. Se insiste en que el creyente encuentra en él salud y vida por la persona y por las acciones litúrgicas de la comunidad.

Se dedican unas páginas a las *Odas de Salomón*, uno de los primeros documentos cristianos no incluidos en la Biblia. Son himnos siriacos descubiertos recientemente. Del mismo periodo son las cartas de Ignacio de Antioquía, quien se pre-

senta como un profeta carismático y habla de Jesús como “el Amado”, “el Nombre”, el “Hijo del Padre”. La *Ascensión de Isaías* es una hibridación de textos, tradiciones, motivos teológicos, típicos del judeocristianismo de comienzos del s. II.

Una de las cuestiones es la cristología de la manifestación, que obedece a la respuesta a la pregunta de Jesús: “¿Qué pensáis sobre el Cristo?” ¿Qué tipo de figura se espera del mesías venidero? El tema se deja en manos de Ireneo de Lyon y de Orígenes. Jesús, enviado por Dios encarna en su persona el Logos o la razón universal de Dios. Es el amado de Dios, listo para ser enviado al mundo y cumplir su voluntad. Ireneo trata la unidad de Dios, Padre, Hijo y Espíritu y la unidad del relato bíblico. La salvación está amenazada de opresión, pobreza, enfermedad, etc, y hay que llevarla a la plenitud de todo lo que existe. El ser humano ha de aprehender poco a poco a Dios. La Alejandría donde vive Orígenes era el baluarte intelectual del cristianismo. Identifica la raíz de la fe cristiana en la convicción joánica de que “la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo” (Jn 1, 17) Orígenes y Justino asumen que el Logos que comunica a Dios ha estado activo siempre en la historia, incluso antes de la encarnación. El Cristo como origen del proceso de creación y redención. La salvación se cumple por la unión afectiva y cognitiva

entre intelecto creado y la propia Palabra o sabiduría de Dios.

En el s. IV hay un esfuerzo por comprender la identidad de Jesús como Mediador. Se origina la disputa sobre Arrio en torno a esa misma realidad. Eusebio, Atanasio, refuerzan el papel de Cristo Mediador entre Dios y las criaturas para llevar a cabo su misión. Su cristología nos clarifica quiénes somos y podemos ser y que la visión que tenemos de Cristo en nuestra “fe activa” es suficiente para cambiarnos y cambiar nuestro mundo. Los Gregorios –Nacianceno y de Nisa– piden una mayor precisión conceptual para llevar el problema cristológico a una solución satisfactoria. Ambos querían provocar cambio en quienes les escuchaban o leían.

El autor dedica un capítulo a Agustín, quien se centra de modo sorprendente en Cristo, su comprensión de Dios como Trinidad, la relación gracia y libertad humana, su visión de la iglesia y los Sacramentos como parte constitutiva de Cristo en cuanto que forman parte de una persona única con las luchas que habitan la vida interior. Cristo es el Mediador; su identidad fundamental es como Palabra y Sabiduría de Dios; su sanación de la enfermedad de la soberbia que se debe transformar en humildad a través de la fe y el amor. Cristo es Mediador divinamente designado para poner a Dios en contacto con la humanidad.

A finales del s. IV, los autores de Antioquía y Alejandría reflexionan sobre la presencia de Dios en la Historia. El término “palabra-hombre” (logos-anthropos) ayuda a comprender la persona del Salvador: logos eterno de Dios que participa plenamente en el misterio divino, “asume” la totalidad del ser humano para que sea su templo, morada, manifestación de su propio rostro. Las desavenencias entre ambas escuelas se centran en cuestiones como: el lenguaje teológico de la tradición, la lectura de las Escrituras, la salvación, la relación de Dios con el orden creado, su presencia en el mundo del espacio y del tiempo.

Después de Calcedonia hay autores que toman la fórmula del Concilio sobre la persona de Cristo como punto de partida. Algunos autores van más allá e incluyen todo aquello que la fe cristiana tiene que decir sobre Dios, el mundo y la salvación del hombre. La virtud, la santidad, la integridad y la belleza, están en Jesús más allá de toda capacidad humana y su fuerza vital va más allá de lo mortal. Jesús es completa y esencialmente humano, actúa libremente como Hijo de Dios, nos

rebela quién es y qué estamos llamados a ser con él en su Espíritu.

En el Epílogo de la obra, el autor sintetiza el significado de las primeras declaraciones conciliares para la doctrina sobre el Cristo: suponen toda una reflexión sobre la tradición de la fe en Cristo como Salvador. Había en ellas una intención de reafirmar la tradición apostólica. Nicea afirma de manera desafiante que Jesús, hijo de Dios, comparte plenamente la sustancia de Dios: su realidad trascendente y creadora. Los siete primeros Concilios fueron convocados por Emperadores, se consideraron “Ecuménicos”, normativos para el cuerpo universal de los cristianos y porque la Iglesia los recibió como tales.

Queda claro que la historia cristiana es una historia de salvación y que Cristo es el principio de la salvación. Cristo, el Misterio, como el nuevo comienzo de la humanidad: “Él es imagen de Dios invisible, el primogénito de toda creación porque en él fueron creadas todas las cosas celestes y terrestres, visible e invisibles...” (Col 1, 15-19)

José M^a Martínez

Mario BOERO– José Luis GUZÓN NESTAR, *Teologías contextuales: teología de la liberación versus teología de la prosperidad*, Síndéresis, Oporto 2020, 272 pp.

Esta es una obra singular, en la que se presentan dos tipos muy dife-

rentes de teología que engloba bajo el nombre de *contextuales*. Y, en el

prólogo, define como *contextuales* “las circunstancias que forman el escenario de un evento, declaración o idea, y en términos de las cuales puede ser plenamente comprendido y evaluado” (11). Se prefiere este término, *contextual* a otros que también se podrían emplear (*encarnación, teología local, indigenización, intercultural*), porque así se tienen en cuenta todos los aspectos de la vida.

Las dos teologías contextuales que analiza proceden de América: la Teología de la Liberación (TL) y la Teología de la Prosperidad (TP). Para cada una de estas teologías se propone una persona cuya vida, pensamiento y producción encarnan perfectamente lo que hay detrás de cada una de ellas: para la TL, Pedro Casaldáliga, y para la TP, Donald Trump.

El libro se estructura en dos grandes capítulos, de título muy largo, y en cada uno de ellos se dedica a una de las teologías: El capítulo 1, que se titula “El mundo de Latinoamérica y la teología de la liberación. Reformas en la Iglesia católica y transformaciones en la religión cristiana”, de Mario Boero Vargas, y el capítulo 2, dedicado a “La teología de la prosperidad y/o el trasfondo teológico-político del presidente D. Trump”, de José Luis Guzón Nestar.

En la parte que dedica a la TL narra cómo avanzó esta en América Latina y las diversas ramas en las

que se desarrolló. Desfilan por él los nombres de los teólogos más eminentes, las instituciones y los grandes encuentros eclesiales que marcan los hitos fundamentales de su desarrollo, tras el Concilio Vaticano II, la tensa relación entre la Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN) y la TL, las convergencias con el marxismo, las distintas perspectivas político conceptuales, su relación con la teología progresista, más ligada a Europa, que se entiende como la teología que quiere buscar dónde radica el peso de la fe hoy en aquellos espacios ideológico-culturales propios del Primer Mundo, e incluso breves referencias a la teología africana y asiática. En esta primera parte se dedican capítulos muy desiguales en su extensión a los grandes temas propios de la TL y también a temas mucho más concretos, como por ejemplo a los documentos que el Vaticano redactó sobre la TL en los años de mayor confrontación.

Con todo, la parte más novedosa del libro es la segunda, ya que la Teología de la Prosperidad (TP) es mucho más desconocida. Nació en Estados Unidos y se extendió por América Latina y tiene su base en el pentecostalismo. Al comienzo, hacía hincapié en la vida austera y puritana, pero pronto se centró en interpretar el sentido de la vida a partir del éxito y la prosperidad, de ahí su nombre. En muchos lugares donde el Estado no se ha mostrado capaz

de generar bienestar social, las iglesias que promueven esta teología se han mostrado capaces de lograrlo, a partir de sus congregaciones y comunidades militantes.

El estudio de esta teología se hace sobre todo a partir de artículos de Spadaro y Figueroa, y comienza con una esquemática a la vez que detallada presentación de la historia de los Estados Unidos, recogiendo fundamentalmente todos los acontecimientos que influyen en su orientación religiosa, por la que desfilan la Iglesia de Inglaterra, la Iglesia católica, los judíos, los cuáqueros, sectas alemanas, bautistas separados, metodistas, el nacimiento de la Iglesia protestante episcopal, los mormones, el movimiento trascendentalista, el movimiento de la santidad, los adventistas, el Ku klux klan, el movimiento carismático... hasta llegar a Trump, que recibe un fuerte apoyo de buena parte de las megaiglesias y los telepredicadores. Las relaciones entre la teología y el capitalismo ya vienen establecidas desde Adam Smith, en su intento de justificar moralmente una sociedad de libre comercio. Pero estas relaciones se consolidan con los estudios de la democracia estadounidense de Tocqueville, las corrientes religiosas de *worth of faith*, *the new thought*, el puritanismo, el fundamentalismo, las personas más influyentes, hasta llegar a definir propiamente lo que es la teología de la prosperidad de esta forma: “La

corriente teológica neopentecostal, evangélica, en cuyo núcleo está la convicción de que Dios quiere que sus fieles tengan una vida próspera, es decir, que sean ricos desde el punto de vista económico”. Esta definición también puede resultar muy clarificadora: “Se trata de una especie de antropocentrismo religioso que pone en el centro al ser humano y su bienestar, y quiere transformar a Dios en un poder a nuestro servicio, la Iglesia en un supermercado de la fe y la religión en un fenómeno utilitario” (187).

Los rasgos que marcan este tipo de teología son los siguientes:

- a. Un cierto darwinismo social.
- b. Una concepción de Dios desde el poder, no tanto desde la misericordia.
- c. Una teología del poder y del conflicto permanente.
- d. Un cierto milenarismo y mentalidad apocalíptica que siempre ha animado al fundamentalismo religioso (242).

Estos rasgos coinciden con el pensar y el actuar de Donald Trump, coincidencia que se explicita en un breve capítulo en el que, además de subrayar las conexiones ideológicas, se expresan las conexiones personales de Trump y su familia con algunos de los máximos representantes de esta teología. Y los máximos representantes, a los cuales dedica una gran parte del artículo, son pastores

religiosos, telepredicadores, conferenciantes, escritores de libros de autoayuda, algunos de gran éxito editorial, acompañantes...

Se aprecia en José Luis Guzón un claro acento crítico respecto a este posicionamiento teológico y político, expresado a partir del contraste de los aspectos fundamentales de esta teología con el mensaje evangélico y también en contraste con el mensaje del papa Francisco, radicalmente opuesto a esta orientación teológica, tanto en la teoría como en la práctica.

El “versus” que aparece en el título de la obra no se hace explícito, es

decir, no se expresa literalmente la oposición de la TL y la TP. Pero no es necesario hacerlo, porque basta la mera presentación de los puntos fundamentales de cada una de ellas para que la oposición de sus planteamientos se haga evidente.

Los dos autores de la obra han realizado un estudio interesante, en algunos momentos muy pormenorizado, especialmente en el segundo capítulo, de dos de las teologías contextuales más influyentes en las últimas décadas.

Esteban de Vega

CATEQUESIS Y PASTORAL

Cardenal Lluís MARTÍNEZ SISTACH, *Evangelizar con alegría las grandes ciudades*, Claret, Barcelona 2021, 128 pp.

El propósito de este libro no es otro que el de ayudar a la actividad evangelizadora de los pastores de las grandes ciudades, con todas las novedades y complejidades que se dan en estas realidades pastorales.

Ante la actitud temerosa en la que algunos agentes de pastoral afrontan la realidad difícil, heterogénea y cambiante de las grandes ciudades, el cardenal Lluís Martínez Sistach, en sintonía con el Papa Francisco, anima a encarar este reto de evangelizar las grandes ciudades con alegría, “siendo audaces y crea-

tivos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades” (EG 33).

El libro contiene diecisiete breves capítulos en los que pretende demostrar que no es acertado decir que, en las grandes ciudades a más urbanización, mayor secularización. Una visión atenta descubriría que el ciudadano necesita experiencias personales, acontecimientos internos que lo sacudan o que tengan lugar en escenarios aptos para el recogimiento y la medita-

ción, una oración en pleno día en una Iglesia abierta y silenciosa. El sociólogo Manuel Castells recordó en el Congreso celebrado en Barcelona en 2014, sobre *La pastoral en las grandes ciudades*, que el porcentaje de personas religiosas en el total de la población mundial se incrementó desde el 83% de 1980, al 89% en 2010. Por tanto, en contra de una percepción eurocéntrica, la inmensa mayoría de la población del planeta es religiosa, y cada vez más.

Desde nuestro contexto tan secularizado, ¿cómo es posible vivir, celebrar y anunciar la fe cristiana en las metrópolis del mundo? ¿No es la gran ciudad moderna, acaso, la Babilonia de la increencia?

No obstante, esto, el profeta Jonás consiguió pasar su espanto inicial, entregándose a la misión evangelizadora de Nínive, la gran ciudad en un recorrido de tres días, y los ninivitas se convirtieron, “creyeron en Dios”, ordenaron un ayuno, se vistieron de sayo desde el más mayor al más pequeño” (Jon 3, 5).

Ante la magnitud humana y social de las grandes Nínives de nuestro mundo, podríamos caer en la misma tentación inicial del profeta Jonás: huir, escondernos, encerrarnos en una Iglesia rural como ha venido existiendo desde hace muchos siglos (p. 15).

El Papa Francisco nos pide realizar *un cambio en nuestra mentalidad pas-*

toral. Hemos de dejar la mentalidad pastoral rural en la que tenemos el peligro de quedarnos un poco anclados en ese mundo que ya no es el nuestro. Ya no estamos en la cristiandad. Venimos de una acción pastoral secular donde la Iglesia era la única referencia de la cultura. Hoy no somos los únicos que producimos cultura, ni los primeros, ni los más escuchados.

Este cambio de mentalidad pastoral no significa que caigamos en una pastoral relativista que por querer estar presente en la “cocina cultural”, pierde el horizonte evangélico dejando al hombre confiado a sí mismo y emancipado de la mano de Dios. La gente en la urbe espera de nosotros y necesitan para su vida la Buena Nueva que es Jesús y su Evangelio.

El Papa Francisco nos invita a mirar las grandes ciudades contemplando la presencia de Dios en ellas. “Necesitamos reconocer la ciudad con una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra el Dios que habita en sus casas, en sus calles, en sus plazas” (EG 71).

La afirmación “Dios vive en la ciudad” (Documento de Aparecida, 514) es un presupuesto teologal para toda la pastoral urbana. Esta presencia de Dios en las ciudades “no ha de ser fabricada sino descubierta desvelada porque Dios no se esconde a aquellos que le buscan

con un corazón sincero; aunque lo hagan en la oscuridad de manera imprecisa y difusa” (EG 71).

Tenemos la impresión de que no pocas veces la Iglesia vive en la ciudad, pero no se ha hecho urbana. La ciudad tiene sus ritmos y hay que captarlos para meter en ellas las formas del anuncio del Evangelio. Las parroquias en una gran ciudad deberán tener unos horarios muy flexibles para poder recibir a las personas que lo deseen, atendiendo la realidad tan diversa de una gran ciudad respecto del mundo rural. Deberá dar estos pasos concretos: debe pasar de lo territorial a lo cultural, de lo conceptual a lo simbólico y de lo clerical a lo laical.

Una Misión por contagio no se fia de “fórmulas pastorales” prefabricadas, sino que busca innovación y creatividad. Una pastoral de pura conservación o mantenimiento, a menudo basada en esquemas rurales, no responde a los retos planteados por la gran ciudad.

En el trabajo de la evangelización de las grandes ciudades habría que tener muy presente la triple misión de la Iglesia en la espiritualidad, en la ayuda a los pobres y necesitados y en la denuncia profética. Empobrecerían mucho el anuncio de la Buena Nueva sin incluir estas tres dimensiones eclesiales que son propias y características de la Iglesia de Jesucristo.

En cuanto a la misión en la espiritualidad es importante saber que no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforma el corazón (Cfr EG 262).

De la ayuda a los pobres, no podemos olvidar que ellos son los destinatarios privilegiados del Evangelio (Cfr. 2 Cor 8, 9). La opción por ellos en la Iglesia es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios otorga a los pobres su primera misericordia. Los pobres tienen mucho que enseñarnos. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. El paradigma del buen samaritano y la *samaritanidad* es clave en la pastoral de las ciudades. Una atención especial se merecen los sobrantes (EG 53).

Aquello que quizás es más difícil de ver en la Iglesia es el ejercicio de su misión profética. En las grandes ciudades hay que presentar la acción profética de la Iglesia que sepa alzar la voz sobre temas de valores y principios del Reino de Dios, aunque vaya contra opiniones dominantes en la sociedad actual. Por ello hace falta, una presencia más grande en los centros de decisiones de la ciudad. De esta vocación profética de la Iglesia no se puede excluir la defensa de los derechos de los sectores populares ni la denun-

cia de la violencia o la corrupción social, política o en las fuerzas del orden (p. 98).

La gran urbe ha de ser espacio de fraternidad. Aquí sería muy importante que los cristianos siguieran las aportaciones de la última encíclica *Fratelli tutti* (FT) del Papa Francisco. Las actitudes de fraternidad y la amistad social son muy necesarias en las grandes ciudades caracterizadas en general por el anonimato y la incomunicación de los ciudadanos. Fratelli tutti debe inspirar nuestras formas de estar en las grandes ciudades. En ella existen tres claves: el personalismo, el realismo y los descartados.

El Papa Francisco pone de relieve que la persona humana es el valor primero de la sociedad y hace referencia a su dimensión comunitaria, porque el personalismo cristiano es también comunitario: no aísla la persona de la

comunidad, sino que sitúa en ella y es enriquecida por ella.

En las grandes ciudades es necesario nuestro compromiso político. A pesar de la mala fama que goza la política, ¿puede funcionar el mundo sin política? ¿Puede haber un camino eficaz hacia la fraternidad universal y la paz social sin una buena política? (FT 176).

Al final, el libro incluye el discurso del Papa Francisco a los miembros del Congreso celebrado en 2014, en el que recordó que en las ciudades se trata de salir para encontrar a Dios que vive en la ciudad y en los pobres. Y a su vez se trata de despertar el interés por Cristo. Esta curiosidad tiene un santo patrón: es Zaqueo. Tenemos que aprender a suscitar la fe (p. 16).

Juan Pablo García Maestro

Alfredo DELGADO, *El fútbol y la fe. Pistas para transmitir la fe*, PPC, Madrid 2021, 176 pp.

El libro *El fútbol y la fe*, escrito por Alfredo Delgado presenta un análisis de las dificultades y oportunidades para transmitir la fe en nuestra sociedad secularizada actual. Para ello el autor se ha valido de un constante paralelismo entre dos realidades que parecen contrapuestas: el éxito del fútbol en nuestra sociedad en comparación con el aparente fracaso del proceso

de transmisión de la fe. La misma familia a la que le cuesta transmitir la fe consigue transmitir a sus hijos la pasión por el fútbol. Este dato da que pensar y es desarrollado a lo largo del libro. ¿Cómo explicarlo?

En el primer capítulo el autor desarrolla diferentes dimensiones del fútbol como fenómeno social antropológico y religioso para intentar

comprender cuáles son las claves que le permiten a una familia o a un equipo de fútbol ser capaces de transmitir una pasión como el fútbol a las siguientes generaciones. El libro comienza con una cita de Eduardo Galeano en la que afirmaba que una persona cambiará varias veces de pareja en su vida, pero no cambiará nunca de equipo de fútbol. ¿Cómo es posible que en el siglo XXI consigamos transmitir de una manera tan pasional y profunda la pasión por un equipo de fútbol como algo para toda la vida y no seamos capaces de transmitir la fe? Sería la pregunta que está detrás de este libro. Este primer capítulo intenta analizar las claves del éxito del fútbol que genera identidad y pertenencia crea comunidad y vincula las alegrías y tristezas de una persona con los resultados y su equipo de fútbol.

En el segundo capítulo el autor desarrolla las dificultades que existen en nuestra sociedad, en la familia y en la Iglesia para transmitir la fe. El autor comienza desplegando distintas dimensiones de la experiencia de la fe tanto en su vertiente humana como religiosa. Posteriormente analiza la secularización de nuestra sociedad y se centra especialmente en una dificultad clave, como la cosmovisión creada por nuestra sociedad que aglutina una determinada visión científica, junto con la presión de los medios de comunicación que hacen difícil

la transmisión de la fe en nuestra sociedad. Este capítulo realiza una profunda reflexión sobre la relación entre la ciencia y la religión, así como sobre el papel de los medios de comunicación y de los colegios en la construcción de la cosmovisión de los niños y jóvenes que es la base sobre la que se podrá asentar posteriormente la fe.

El tercer capítulo analiza el proceso de socialización y transmisión de la fe centrándose en los diferentes agentes que son determinantes para poder transmitir la fe y las dificultades que se encuentran en su camino. Analiza el papel que desempeñan en el proceso de transmisión de la fe tanto la familia, los colegios, los amigos, así como los medios de comunicación. El autor aporta muchas estadísticas de importantes informes realizados en el mundo anglosajón. Este capítulo también se centra en un momento importante en el proceso de transmisión de la fe como es la adolescencia y la primera juventud. En este capítulo se aborda tanto la catequesis en las parroquias como la tarea pastoral en los colegios.

En el último capítulo el autor trata de transmitir unas pistas para transmitir la fe en medio de nuestra sociedad secularizada apoyándose en el éxito de las estrategias del fútbol. Entre estas propuestas pasan por una acción conjunta de la familia, los colegios y las parroquias. La

catequesis familiar, la evangelización de los medios, la alianza entre familias y colegios son propuestas que aparecen en este capítulo.

Más allá del título se trata de un libro que reflexiona sobre la teología pastoral y la catequesis. Se intentan abordar las dificultades y oportunidades que necesitan los padres y los

catequistas para la transmisión de la fe en medio de nuestra sociedad secularizada. El libro contiene un prólogo escrito por Luis Argüello Secretario General CEE y un prólogo de Fernando Vidal profesor de la Universidad Pontificia de Comillas.

José María Pérez Navarro

Fernando BUENO TEOMIRO, *Género, sexo e identidad. Menores transidos por la vulnerabilidad*, San Pablo, Madrid 2021, 282 pp.

El autor expresa desde la misma introducción su planteamiento, fundamentalmente educativo y pastoral, en torno a esta problemática tan actual. En esta misma introducción se ofrece ya una primera presentación de los distintos enfoques de esta realidad, desde los aspectos más técnicos, biológicos, quirúrgicos... hasta los más pastorales, con la preocupación fundamental de ayudar a acompañar a las personas que viven esta problemática, muy especialmente en la infancia y la adolescencia.

El objetivo fundamental es el de profundizar en el principio de autonomía en menores de edad en situación de disforia de género, planteando las preguntas más adecuadas que nos permitan avanzar en la reflexión ética. Y para ello, lo primero que nos ofrece Fernando Bueno es la clarificación básica de los conceptos de sexo, género y orientación sexual, con todas las

variables que hay en cada uno de estos campos, pues hay una lista de 37 identidades sexuales diferentes. El libro, de hecho, es muy variado en su planteamiento, con páginas de densa presentación técnica, en la que abundan las siglas y los por menores legales y médicos, y páginas de una orientación mucho más pedagógica y pastoral.

Cada uno de los siete capítulos que forman el libro ayuda a avanzar en el conocimiento y profundización de esta temática desde una visión diferente. El primero ofrece un panorama sintético de todo el conjunto; el segundo es de tipo más cultural, ofreciendo una visión histórica, en la que se destaca la evolución que se ha producido en las últimas décadas; el tercero es un capítulo más técnico, con contenido de tipo biológico, genético y psicológico. Necesariamente, es muy sintético, pero no por ello es menos interesante; en el cuarto capítulo se inicia la

orientación de tipo más pastoral, que se desarrollará sobre todo en el séptimo capítulo. El concepto fundamental de este capítulo, y de los que vienen a continuación, es el de disforia de género; en el quinto capítulo se ofrece el planteamiento legal de las distintas situaciones.

El sexto capítulo, “una autonomía vulnerada”, comienza con un cuestionamiento sobre si realmente es posible la autonomía del menor en este tema de tan complejas presiones. Ofrece una reflexión profunda sobre la autonomía y la vulnerabilidad, con referencias a psicólogos, filósofos, terapeutas, médicos... aunque en su conjunto, este capítulo se hace muy repetitivo; finalmente, en el séptimo capítulo el autor ofrece el arte de acompañar en la disforia. Inicia el capítulo con un planteamiento más global acerca de la conveniencia y hasta necesidad de acompañar siempre, pero centrándose en seguida en la especificidad de acompañar especialmente en las situaciones de dolor y vulnerabilidad como las que se presentan en este libro. Siendo este, quizá, el capítulo más anunciado y esperado por los educadores, curiosamente es el capítulo más genérico y resulta excesivamente breve.

Muchos de los comentarios y de los datos que ofrece el libro son de gran interés. Destaco, por ejemplo:

La diferencia que se produce en la propia etapa de gestación uterina, En el espacio de los dos primeros meses, cuando se produce la diferenciación sexual de los genitales, y la posterior diferenciación sexual del cerebro, que se efectúa en el tercer trimestre. Ahí puede estar el origen de la posterior disforia, además de otras posibles causas multifactoriales que se producen posteriormente.

Relación entre disforia, acoso escolar y planteamiento, e incluso intento, de suicidio.

Cuestionamiento de hasta qué punto toda la repercusión social en torno a esta situación viene motivada por una auténtica preocupación por el menor y no por cuestiones ideológicas de distinto tipo.

Recorrido por las diferencias que existen en algunos estados de Norteamérica, y por extensión del mundo, de las posibles terapias de conversión, frente a otros lugares donde no se considera ética ninguna terapia.

Presentación de los siete elementos objetivos referidos a los aspectos del sexo que se desprenden del componente biológico.

Favorecen la lectura y la comprensión de los contenidos, a veces realmente complejos, un buen número de recuadros clarificadores que se van ofreciendo en distintos aparta-

dos, especialmente al final de cada capítulo. En él se ofrecen clarificaciones, se subrayan conceptos, se presentan síntesis, conclusiones... Incluso aparecen cuestiones para reflexionar y textos para ayudar a profundizar.

En ocasiones, se ofrecen con la misma intensidad todas las posibles soluciones a las distintas cuestiones que se plantean, con lo que se da la impresión de que todas las variables son igualmente válidas; esto deja al lector en una situación de falta de claridad o de insuficiente criterio como para situarse con solidez ante una problemática tan compleja; sin embargo, en otras ocasiones el autor sí se preocupa de ofrecer una orientación crítica de determinadas características de nuestra cultura, por ejemplo, respecto a las imposiciones que la sociedad va realizando

sobre la determinación del placer como principal criterio, sobre la edad en la que conviene iniciar las relaciones sexuales... Resulta curioso que en medio de un mundo en el que parece que nos encontramos inmersos en una libertad total, surjan nuevas imposiciones de tipo cultural y ambiental.

Es de agradecer que en tan poco espacio como el que ofrece este libro nos encontremos con tanta información y, especialmente, con una propuesta de ayuda para quienes se relacionan con los niños y adolescentes que viven el problema de la disforia de género, aunque, inevitablemente, todo lo que aquí se lee se queda necesariamente en el terreno introductorio de lo que hay detrás de toda esta problemática.

Esteban de Vega

BIBLIA

Rafael AGUIRRE (ed.), *De Jerusalén a Roma. La marginalidad del cristianismo de los orígenes*, EVD, Estella 2021, 264 pp.

Nos encontramos con una obra coordinada por Rafael Aguirre y con la participación de varios autores y autoras. Al leerla, uno queda con la agradable impresión de haber enriquecido notablemente sus conocimientos sobre el nacimiento de las primeras comunidades cristianas y con varios conceptos relacionados con su vida. Se

aprecia la coordinación entre los autores, tanto por la coincidencia en algunos esquemas como por la buena costumbre de citarse unos a otros para reforzar lo que se escribe. Por ejemplo: al estudiar el Reino de Dios y su propuesta desde la marginalidad, se manejan tres espacios que luego repercuten en el estudio del Apocalipsis: Dimensión

del espacio físico; los significados abstractos de organización; y la dimensión simbólica (discursos, simbología, etc.)

Las primeras comunidades tienen conciencia de marginalidad, como de resistencia a una cultura y costumbres. Marginalidad en el sentido de un nuevo tipo de relaciones que chocan con las del imperio romano. Antivalor del servicio, del valor, de la imagen de Dios, como rasgo y referencia fundamental. Jesús aceptó la marginalidad como lugar hermenéutico, la Torá y la voluntad de Dios interpretadas desde los márgenes, desde la realidad que le rodeaba. El “*giro espacial*” interpretó los espacios desde la interacción social, ya que la creación de espacio determina y limita la acción humana.

Filipos, ciudad dividida entre romanos –más ricos– y griegos –los pobres–; los primeros se apoderaron de sus fincas y bienes, y obligaron a los griegos a trabajar en lo que ellos no querían. El dueño de la ciudad era el Emperador. Pablo (Filipenses) desarrolla alguna metáfora como la ciudadanía del cielo; eleva la figura de Jesús, a la que han de adorar todos los seres celestes, terrestres, inferiores: el modelo de convivencia será presidio por el señorío del crucificado. La gran marginalidad será esa misma, en medio del señorío material del Emperador.

Marginalidad no es marginación, es el alejamiento del centro para colocarse en un espacio social periférico, entre dos mundos. Esa marginalidad admite grupos étnicos, exhorta al amor y la unidad, como identificadores de los seguidores de Jesús. Éstos viven en el mundo, en un contexto social, cultural y religioso, pero su razón última es su amor de Dios hacia el mundo. Jesús es salvador, vida, luz, su reino es una realidad que no es de este mundo, pero la marginalidad se realiza en este mundo. Jesús muestra su filiación divina, frente a la del Emperador (*divi filius*) enfrentando dos autoridades y reivindicando una identidad como la del Emperador. La marginalidad explicita también un rasgo, la paz y la renuncia al ejercicio de la violencia. Es marginalidad voluntaria, no la involuntaria de los rechazados sociales; su razón es religiosa, artística, ideológica, que se aleja de la sociedad establecida, se agrupa en comunidad y pone a Jesús de Nazareth como la piedra angular.

Siguiendo el Ps. 118, se estudia el sentido de la piedra angular (*kephalê gônias*), piedra de cierre de un arco, “Dios ha resucitado a aquel a quien vosotros crucificasteis, él es la piedra que vosotros, los constructores habéis despreciado”; esa piedra se revierte y llega a ser la alegría de la comunidad. La Cristología de la “*piedra rechazada*” se encuentra en la trayectoria teológica

central; tiene su origen en Jesús de Nazareth. La Historia nos presenta piedras rechazadas con sus gritos y exigencias, las víctimas interrogan, molestan, claman, reivindicando derechos, etc.

Al Apocalipsis se le da una interpretación de utilidad, por colocarlo bajo la influencia general del culto imperial. Las siete cartas son advertencias sobre las opciones tomadas y una llamada a la fidelidad. El Imperio ejercía un poder seductor y Juan quiere contrarrestar su influjo; "...todas las naciones fueron engañadas por sus hechicerías" (18, 23) pero la identidad de la comunidad está centrada en la visión del Cordero en el trono, de modo que esta es una marginalidad constructiva, de resistencia y esperanza. En Juan, lo marginal se vuelve central. Roma es la bestia que surge del mar, imagen del culto al Emperador; y la gente clama con asombro: *¿Quién como la bestia y quién podrá luchar contra ella?* (13, 4) Aunque no sabemos quién es Juan, quedan claros sus mensajes; es el final del Imperio, superado por otra ciudad que desciende de lo alto. El Cordero en pie es la imagen de todo lo que sigue y desde ahí se interpreta la Historia; los símbolos se reordenan y aunque son extraños a la sociedad en la que se escribe, permite una interpretación y búsqueda de sentido. La conquista ya no será hecha por el Emperador, sino por el sacrificio: el jinete lleva sus vestidos

manchados de sangre, pero nunca da la orden de batalla. No hay violencia en el Cordero. A Roma se le ha acabado el discurso, es ya una ramera borracha con la sangre de las víctimas; las comunidades quedan invitadas a la fidelidad porque lo último, lo escatológico, está ya dicho. Si el Apocalipsis se impone, como se impuso el Imperio, no hay manera de crear un mundo alternativo. El Cordero inmolido no puede justificar la violencia y la coerción.

Según los rasgos de la marginalidad en la *Carta 1 Clemente*, los cristianos aludidos provenían de estratos humildes de la sociedad, con el griego como lengua común. Presenta valores del mundo grecorromano, como la armonía y la paz, o de la retórica del Estado, autoridad, ley, obediencia, exilio, y así mostraba a *'la polis'* su disposición a colaborar y obedecer al Gobierno. Con todo, destaca la experiencia del sufrimiento y del martirio, frente a los vicios del poder: envidia, rivalidad. Clemente narra el sufrimiento en plan poético, con analogías como los deportistas, el mito del Ave Fénix, el ordenamiento del ejército, etc.

La marginalidad en Asia Menor tuvo causas: La influencia judía, aunque influían en su teología, exegética y litúrgica. Otro factor es el denominado *Gran Iglesia*, organizada sobre una estructura ministerial. Ignacio de Antioquía distingue los Judáizantes de los Docetas, éstos conside-

rados herejes pues veían a Jesucristo como un ser puramente espiritual, sin cuerpo real, que padeció sólo en apariencia (*dokei*). Ignacio aconseja mantenerse unidos al Obispo, considerado “como el Señor mismo”, la nueva piedra angular de la nueva organización eclesial. Él mismo será “paterfamilias” y “patrón” de una asociación, incluso dispuesto a sacrificar su propia vida. Justino afirmó que el crecimiento de los cristianos se debe a que viven “según los justos mandatos de Cristo y atraen con una esperanza santa”. Todos se alejaban de la vida romana, espectáculos, circo, teatro, la atrocidad del anfiteatro: vivían como forasteros, pero dentro de la ciudad, con sus costumbres y dioses.

La vida comunitaria se va haciendo intensa, reuniones vespertinas, oración, eucaristía, catequesis, y son hermanos por reconocer a Dios como único Padre. Tertuliano destaca detalles: la paciencia, la limosna, la generosidad.

Esta obra nos da un gran mensaje para la Europa de hoy; es la ocasión para recuperar los valores y la inspiración original debida al movimiento desencadenado por Jesús de Nazareth. El lector encontrará motivos de cultura, pero detrás de datos y citas, verá cómo aparecen las personas, las comunidades con sus dificultades, penas y alegrías.

José M^a Martínez

IGLESIA

José SAN JOSÉ PRISCO, *Sinodalidad. Perspectivas teológicas, canónicas y pastorales, Sígueme, Salamanca 2022, 174 pp.*

José San José Prisco es catedrático de Derecho canónico en la Universidad Pontificia de Salamanca. Perteneció a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos.

En este nuevo libro el autor destaca que la Iglesia desde sus inicios ha buscado la unidad valorando siempre la diversidad. En este esfuerzo por sentir y vivir con un solo corazón, la comunidad de los seguidores de Jesús está llamada a hacer un camino de diálogo, escucha y discernimiento en común, en el que todos participen.

En este contexto emerge con vigor la categoría de la sinodalidad para fundamentar, modelar y reforzar la vida dentro de la Iglesia, así como para ser un signo humilde de participación libre y corresponsable de los individuos en la sociedad.

Para cumplir el objetivo de “caminar juntos”, la sinodalidad urge a los cristianos a iniciar un proceso de revisión de su forma de estar y actuar en las comunidades concretas, lo cual supone una verdadera conversión del propio estilo de vida.

El libro está dividido en tres partes. En la primera presenta *una breve reflexión sobre la Iglesia*. Desde la línea marcada por la Constitución pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II, la Iglesia está sujeta a la ley de la historia y, por ello, el concepto mismo de Iglesia debe ser entendido como una magnitud histórica que se resiste a una fijación permanente y estática, pues en cuanto que existe en este mundo, vive y actúa con él. “La razón de ser de la Iglesia es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios” (GS 40).

En la línea que marcó el Concilio Vaticano II, tres notas significativas definen a la Iglesia. La primera es que la Iglesia es *Pueblo de Dios*. Con la categoría “Iglesia Pueblo de Dios” nos referimos a su origen fontal, es decir, pueblo elegido donde se realizan las antiguas promesas, pueblo propiedad de Dios, del que se llega a ser miembro por la fe en Cristo y el bautismo. En la Iglesia los pastores están constituidos para el servicio del pueblo santo de Dios, al que ellos mismos pertenecen en virtud del sacramento del bautismo (LG 32).

Desde la aportación del Código de Derecho canónico “son fieles cristianos quienes, incorporados a Cristo por el bautismo, se integran en el Pueblo de Dios, y hechos par-

ticipes a su modo por esta razón de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, cada uno según su propia condición, son llamados a desempeñar la misión que Dios encomendó cumplir a la Iglesia en el mundo” (canon 204).

La igualdad de todos en la Iglesia hunde sus raíces en el bautismo. Pero esta igualdad debe conciliarse con la constitución jerárquica de la Iglesia. Exigirá una actitud nueva y diferenciada en el ejercicio de la autoridad, y obligará a promover la corresponsabilidad de los fieles no como ayudantes de la jerarquía, sino como verdaderos cooperadores. La Iglesia está llamada a cumplir su misión en sinodalidad, caminando juntos contando con la colaboración de todos, aunque sea luego la jerarquía la responsable de tomar las decisiones después de un discernimiento que debe ser también colegial.

La segunda nota que define a la Iglesia es la “*comunión*”. Cuando hablamos de comunión nos referimos a la misma naturaleza interna de la Iglesia, que es reflejo del misterio de la Trinidad (LG 4; AG 4; UR 2). *Ecclesia* es sinónimo de convocación-congregación, un llamamiento personal a la comunión con otros y con Dios.

La Iglesia es esencialmente comunión (*koinonia*), una realidad que se vive desde la diversidad y com-

plementariedad de sus miembros, en la multiplicidad de carismas, estados de vida, vocaciones, sensibilidades, oficios y ministerios; es un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (LG 4), de modo que ella la pluralidad y la diversidad no obstaculizan la unidad, sino que le confieren su carácter de comunión, pues la unidad no es “uniformidad”, sino conjunción de los diversos. La diversidad no es una amenaza para la unidad de la Iglesia, sino la condición sine qua non para que esta se pueda dar.

Desde la aportación del Código de Derecho canónico “se encuentra en plena comunión con la Iglesia católica, los bautizados que se unen a Cristo dentro de la estructura visible de aquella, es decir, por los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos y del régimen eclesialístico (Canon 205).

Finalmente, la tercera nota que define a la Iglesia es que es “sinodal”. La sinodalidad, según la definición dada por la Comisión Teológica Internacional, “indica la específica forma de vivir y obrar (modus vivendi et operandi) de la Iglesia Pueblo de Dios que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntos, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente de todos los miembros en su misión evangelizadora” (n. 6).

Si bien es cierto que la palabra “sinodalidad no aparece en el Código, como tampoco se encuentra explícitamente en la enseñanza del Concilio Vaticano II, es evidente que la instancia de la sinodalidad se encuentra en el corazón de la obra de renovación promovida por el Concilio.

Desde la aportación del Código de Derecho canónico el concepto de sinodalidad se refiere directamente a la participación de todo el Pueblo de Dios en la misión de la Iglesia, fundada en la *corresponsabilidad* bautismal, cada uno según su propia condición, es decir, en la diversidad y complementariedad de sus carismas (CIC 96; 204; 207 y 208).

Es cierto que la palabra “corresponsabilidad” no aparece expresamente en el Código, como tampoco aparecía en el Concilio. El concepto fue introducido por el papa Juan Pablo II al describir la vocación de los laicos en su exhortación *Christifideles laici*: “En razón de la común dignidad bautismal, el fiel laico es corresponsable, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y las religiosas, de la misión de la Iglesia” (Chl 15).

Ciertamente, no puede haber camino sinodal sin un compromiso vital de los pastores, obispos y presbíteros, que han de ser los primeros implicados (p. 52).

La segunda parte del libro San José Prisco la titula *Qué es y qué no es la*

Sinodalidad. Ante todo, la sinodalidad no es sinónimo de democracia, entendida esta como la defensa de la soberanía del pueblo y su derecho a adoptar decisiones mediante mecanismos de participación directa o indirecta que las confieren legitimidad, así como elegir y controlar a los gobernantes. Esta propuesta encuentra su punto de partida en el tiempo: es de carácter histórico, contingente, temporal; y se desarrolla en la voluntad consensuada de la mayoría, que va construyendo un camino al mismo tiempo que lo recorre. Su finalidad no consiste en conocer un orden inteligible superior, ni tampoco en alcanzar una meta predeterminada, porque el ser humano únicamente es capaz de pensar *sub specie temporis* y no *sub specie aeternitatis* (p. 57).

La Iglesia puede aprender del sistema democrático, pero no es en esencia una democracia. El Pueblo de Dios no está gobernado por la asamblea soberana de los fieles, sino que está gobernada por Dios, a través de sus pastores. La sinodalidad no es parlamentarismo o democracia, porque no se basa en la doctrina política de la soberanía popular, sino en la eclesiología del pueblo de Dios y de la comunión.

La sinodalidad no puede ni debe verse como una amenaza para la Iglesia. Muy al contrario, es una condición *sine qua non* para que la Iglesia muestre *hic et nunc* su ver-

dadero rostro al mundo. No es un peligro, sino una oportunidad de conversión, de entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma dirigido a dar a la misión de la Iglesia “un impulso misionero cada más intenso, generoso y fecundo” (EG 30). Es la búsqueda de formas de presencia más incisivas y eficaces, sin apartarse de la Tradición, con el objetivo de corregir incoherencias, transparentar con mayor nitidez el Evangelio y fortalecer la misión. No se trata de sustituir el Evangelio por un programa ideológico (pp. 92-93).

La tercera y última parte del autor afronta *la Sinodalidad en la Iglesia diocesana*. Sin lugar a dudas que el primer nivel en el ejercicio de la sinodalidad se realiza en las Iglesias particulares. En ellas, los colegios y consejos son organismos de participación donde los miembros que los integran son escuchados por la autoridad pastoral que los preside, a fin de que esta pueda tomar decisiones más acertadas para el bien de la comunidad. No deben conformarse con ser meros lugares de intercambio, foros de discusión, espacios de debate donde los fieles se limitan a manifestar sus opiniones y deseos, sin mayores compromisos ni consecuencias. Al contrario, han de ser lugares de encuentro que preparan para la toma de decisiones.

Desde la Iglesia diocesana los obispos y presbíteros deberán transmi-

tir que una Iglesia sinodal es necesaria, pero no a corto plazo. Creer que el camino sinodal es una meta alcanzable en este tiempo sería una quimera, cuando no un grave error. Sabemos que no conocer bien el objetivo impide que le prestemos la atención debida y que termine por provocar en nosotros, a base de repetirlo, indiferencia, cuando no rechazo e incluso hastío.

Seguramente todos los esfuerzos por poner a la Iglesia en “sintonía sinodal” serán más eficaces si se comienza por una formación exigente

de los agentes pastorales, que son los intermediarios y facilitadores en el proceso de la evangelización, empezando por los presbíteros (y muy especialmente los párrocos), los diáconos, los consagrados, los catequistas... y todos aquellos que por su compromiso eclesial están llamados a ser correa de transmisión de un nuevo modo de camino como Iglesia, un estilo nuevo de conducirnos como comunidad de creyentes (p. 150).

Juan Pablo García Maestro

Rafael LUCIANI y Carlos SCHICKENDANTZ, *Reforma de estructuras y conversión de mentalidades. Retos y desafíos para una Iglesia Sinodal*, Khaf, Madrid 2020, 460 pp.

Esta obra recoge capítulos de 17 autores, organizados por R. Luciani y basados todos en documentos pontificios, sobre todo del Papa Francisco. Se afirma la naturaleza misionera de la Iglesia, capaz de transformar costumbres, estilos, lenguajes y estructuras para convertirlos en cauce adecuado para la evangelización del mundo, más que para la auto preservación. Todo se apoya en la fe, que ilumina con nueva luz el plan divino sobre la vocación del hombre: sus aspiraciones, la Historia, y la guía del Espíritu. Para Francisco, la tarea de la Iglesia no es adaptarse a las dinámicas del mundo, ni al pensamiento laico, ni hacer de la religión una ideología, porque entonces no tiene

nada que ver con Cristo. La cultura del cristianismo es la de Cristo: el lavado de los pies, el servicio y el don de la vida. Es un signo de contradicción, en un mundo acostumbrado a la indiferencia. El primado es el del amor, a través de la lógica de la misericordia pastoral. Conformarse con Cristo, dejando de lado toda deformidad. *El formador es el reformador* (S. Agustín)

El papa hace una aportación con la Teología del *pueblo*, no sólo en sentido civil, sino en sentido eclesial. Realiza una inversión de la pirámide cuando habla de la Iglesia Sinodal: el ministerio jerárquico, colegial y primacial como servicio a la comunidad del pueblo de Dios.

Suena la voz de Suenens, relativa al pueblo de Dios para visibilizar la fe en los carismas donados a todos los fieles de Cristo por el Espíritu. En las actas sinodales se habla de *Nulla inaequalitas*, “en la Iglesia no puede existir ninguna cuestión de discriminación de cualquier clase.” Es la riqueza de dones que el Espíritu derrama en cada bautizado, mujer o varón, al servicio de la comunidad. “Pueblo de Dios, cuerpo de Cristo... necesitan reinterpretación como metáforas de la Iglesia alrededor de la mesa. Una eclesiología inclusiva se refiere al papel de la mujer en la Iglesia, incluyendo el diaconado femenino como reto para estos tiempos, a la luz de la apertura del Concilio.

Laudato si nos da un principio teológico sobre el cuidado de la casa común; no en sentido antropocéntrico, sino a *primerear* un nuevo modelo de Iglesia como un “ecosistema”; el cambio se llama *Iglesia en salida*: desinstalada de sus lugares cómodos, con un nuevo paradigma eclesial. La comunión no se reduce a la unidad del género humano, ni a la unidad de éste con Dios, sino que integra todo lo creado; toda la creación humana, incluidas las instituciones, los conocimientos y las cosas en general; o sea, aceptar el mundo como sacramento de comunión.

La segunda parte se centra en la conversión pastoral, con mayor referencia a Latinoamérica. Implica la

escucha atenta del discernimiento de lo que el Espíritu está diciendo a las iglesias a través de los signos de los tiempos, con atención especial a la acción de Dios en su creación, en su actuación en la Historia y en la lectura de los signos de los tiempos. La evangelización (Medellín) no puede ser atemporal ni ahistórica, debe estar abierta a la Palabra de Dios en todos los espacios y en todos los tiempos. La condición fundamental: la conversión a los pobres, su liberación; si no, es abstracta y vana. Eso requiere reformas en los estilos de vida, las prácticas de discernimiento y las estructuras de gobierno. La Iglesia en salida es un permanente estado de misión. Requiere “el contacto directo con el pueblo de Dios”, marcando el camino de la “sinodalidad”, es la dimensión constitutiva de toda la Iglesia, es su *modus vivendi et operandi*. Estructuras, actitudes y corazones requieren un cambio radical.

Hay que pasar de la pastoral de cristiandad y sacramentalización a la de post-cristiandad evangelizadora “decididamente misionera”.

En este contexto se acomete el tema de los laicos y laicas, importante en la Iglesia. Hay que estar tan cerca del pueblo que se respire el llamado de Dios y que implique escuchar a Dios mismo. El Espíritu se ha dado a todo bautizado, haciéndolo “*infalible in credendo*”. No bastan categorías descriptivas, analíticas frías y

objetivas, sino que se hagan figuras históricas, o sea, objetos que cargan experiencias existenciales. La conciencia laica no es sólo “pertener” a la Iglesia, sino “ser Iglesia”. Los laicos no son peones o empleados, hay que escucharlos en: el campo afectivo sexual; el económico; y el familiar comunitario. Vaticano II: “La Iglesia es el pueblo fiel del Dios de Jesús”.

Tercera parte: la Iglesia ministerial. Ministro significa servidor y de entrada dos preguntas: 1ª. Si toda la Iglesia es servidora. 2ª. Si debe serlo, o sea si en la Iglesia unos son servidores y otros servidos. A veces parece más una organización jerárquica que presta bienes y servicios en nombre de Dios. La Iglesia del Vaticano II es toda ella ministerial, y debe serlo; el señorío de Jesús no admite súbditos sino seguidores voluntarios; él conoce a sus ovejas y sus ovejas le conocen. Todos somos servidores, porque Dios sirve a todos. Los ministerios son dones o gracias para el pueblo de Dios. Sinodalidad es caminar juntos; el clericalismo es la mayor deformación señalada por Francisco, ningún cambio será significativo sin el cambio del ministerio ordenado. El Concilio se opuso a toda sacralización de lo ya establecido sin fundamento bíblico. La ordenación presbiteral de hombres casados y célibes, la formación de ministros, ocupa una buena parte de esta sección.

Habrà que afrontar tres cuestiones: La del poder, el liderazgo de las mujeres y la complejidad y transformación. La conversión pastoral implica conversión ministerial. Esto tiene numerosos bloqueos, resistencias y oposición a los cambios. A partir de aquí se dan infinidad de testimonios, documentos, temas, en torno a los ministerios, para terminar con uno de los problemas más urgentes detectados por el papa en la disertación QA –Querida Amazonia– Francisco es un caminante con otros caminantes y se enfrenta a lo nuevo con especial sensibilidad; sin embargo, en QA, celibato, hombres casados, hombres probados, “*virii probati*”, ordenación de hombres casados, no aparecen en el documento; sin embargo, el término “Eucaristía” aparece 16 veces con una insistencia especial sobre su significado en la Iglesia. Si esto es así, no es indiferente que una comunidad eclesial no pueda celebrarla (decenas de miles de comunidades de la Amazonía). El documento final dice: Existe un derecho comunitario a la celebración que deriva de la esencia de la Eucaristía y de su lugar en la economía de la salvación. Pues esto no tiene una respuesta práctica. Esto da lugar a dos opciones: enfocar el tema de la Eucaristía y del perdón de los pecados y encontrar comunidades maduras “hombres idóneos y reconocidos por la comunidad que tengan un fructífero diaconado permanente y reciban una formación adecuada para el presbiterado”.

La abundancia de textos conciliares y papales manifiestan una gran riqueza de pensamiento y orientaciones pastorales; numerosas ideas de reforma. Pero uno se queda con

la sensación de la lentitud de las mismas y de los miedos que el cambio trae consigo.

José M^a Martínez

ESPIRITUALIDAD

Rafael NARBONA, *Peregrinos del absoluto. La experiencia mística*, Taugenit, Salamanca 2020, 204 pp.

Rafael Narbona presenta en este libro la experiencia mística de una docena de personas de muy diversa tipología. En realidad, hablar de “mística” en el caso de muchos de ellos es hacerlo de un modo figurado, pues muy difícilmente podemos referirnos a “místicos” en el caso de algunas de las personas que se nos presentan, como Cioran, William Blake, Unamuno... En todos ellos, eso sí, destaca su actitud de búsqueda del absoluto, o de lo absoluto, aunque detrás de tal concepto no siempre aparecería como destinatario de dicha búsqueda un Dios. El absoluto puede ser en ocasiones la belleza, la imaginación, la transgresión, la felicidad, o incluso la nada. Por eso, es más adecuado el título del libro, “Peregrinos del absoluto”, que el subtítulo, “La experiencia mística”.

Las personas a las que se refiere en cada uno de los capítulos, junto con el rasgo fundamental que describe su tipo de búsqueda, son las siguientes: Teresa de Jesús, mística

de la felicidad; Juan de la cruz, mística del desamparo; Blaise Pascal, mística del corazón; William Blake, mística de la imaginación; Soren Kierkegaard, mística de la libertad; Miguel de Unamuno, mística de la duda; Rainer Maria Rilke, mística de la noche; Georges Bataille, mística de la transgresión; Simone Weil, mística del *amor fati*; Emil M. Cioran, mística de la nada; Etty Hillesum, mística de la alegría; Thomas Merton, mística del rostro.

El prólogo del libro corresponde a Javier Gómez Lanzón, licenciado en Derecho y doctor en Filosofía, que reconoce que todas las personas, desde nuestras limitaciones, sentimos un anhelo que nos trasciende; y el autor del libro, Rafael Narbona, escritor, crítico literario y profesor de filosofía, subraya en la introducción del libro que la llama mística “sigue viva en la época del eclipse de Dios” (15). Se pregunta acerca del significado de lo místico, y se responde por medio de una alusión a Wittgenstein, quien afirmaba que

lo místico ya está ahí, porque lo místico es que el mundo exista, que haya algo en vez de nada. Para expresarse el místico recurre a la poesía, el género que no concibe la palabra como una herramienta, sino como una revelación. Y deja claro, en la misma introducción, que desea clarificar y desmitificar lo que es el místico, que, según Teresa de Lisieux, no es un conquistador, sino un siervo de la noche.

El capítulo de la introducción es breve, pero denso y clarificador. Exige una detenida lectura, pero prepara bien al lector para adentrarse en cada uno de los autores. Y el capítulo que dedica a cada autor (todos ellos destacaron sobre todo en el campo de la literatura o la filosofía), es variado. Hay capítulos que se hacen más a menos, o más profundos, o más centrados en los propios escritos de la persona en cuestión, o con una desigual presentación de los rasgos biográficos... Prácticamente en todos, y a veces de forma bastante extensa, dedica espacio a presentar las figuras que más les influyeron o aquellas en cuyo pensamiento más influyó el autor en cuestión.

Algún autor es más desconocido y quizá por eso más sorprendente, en su biografía y en su pensamiento. Es el caso de William Blake, en su sobrevaloración de la imaginación, como la auténtica realidad y en su crítica feroz a la razón; o el

caso de Bataille, que se considera el discípulo más fiel de Sade y de Nietzsche; o la biografía siempre sorprendente de Simone Weil, aun siendo esta una pensadora más conocida. Y también llama la atención la influencia que España tuvo en varios de los autores, como es el caso de Rilke o Bataille.

También son llamativas las diferencias tan grandes, y hasta la oposición radical en los planteamientos de varios de los "místicos" que se presentan en el libro: por ejemplo, el deseo de aferrarse a la idea de un yo inmortal, como es el caso de Unamuno, frente al deseo de desaparición total de ese yo, para encontrarse con la nada, que embarga a Cioran. Y la despreocupación y falta de compromiso de Cioran frente a la militancia solidaria desorbitada de Simone Weil. O la locura libertaria que rige la vida de Bataille frente a la entrega confiada al amor y a la confianza desbordante en la voluntad de Dios que vive San Juan de la Cruz.

En definitiva, un libro revelador, muy personal en la interpretación de la idea de misticismo, pero a la vez muy riguroso en los datos y en la presentación del pensamiento de cada uno de los personajes presentados. Merece la pena su lectura.

Esteban de Vega

William CLAPIER, *¿Qué espiritualidad para el siglo XXI? Al filo de una vida*, PPC, Madrid 2020, 342 pp.

Vivimos en una sociedad en crisis, carente de equilibrio, que busca un centro de gravedad olvidado, rechazado o ignorado. “Nuestra tecnología ha superado nuestra humanidad” (Einstein) Hay crisis sobre la finalidad de la existencia y otros detalles que nos hacen pensar, en lenguaje bíblico, en la necesidad de conversión. Las cuestiones esenciales de la vida tienen un alcance espiritual que procede de lo más profundo del ser humano, su espíritu, para el cual nada es ajeno. Allí, en el corazón del hombre hay que escuchar, ser receptivos, para dar con la sabiduría universal. La plenitud de vida divina favorece la manifestación del amor, de la atención, del respeto y la bondad hacia el prójimo. Lo contrario de esto es vivir centrados en el propio yo, en sí mismos, en el propio egoísmo; por eso que la vida espiritual afecta al fondo de la existencia del ser en la medida en que haya un desprendimiento de ese yo.

El libro tiene mucho de autobiográfico; cuenta la experiencia del autor: recorre en su búsqueda de juventud todas las formas de espiritualidad; profundiza en sesiones de yoga nidra, budismo, esoterismo, comunidades evangélicas; y tras ese recorrido afirma: “nada resuena en mi interior”, ninguna pista para adherirme a uno de esos nombres:

Om Rama, Krishna, Shiva, Visnú... Hubo en su vida un momento de revelación en el que el nombre de Jesucristo invadió su corazón y es entonces cuando la Biblia, el Maestro Eckhart, Juan de la Cruz, las dos Teresas, entran a formar parte de su preocupación y de su vida. Entra en la vida monástica del Carmelo, recibiendo una gran sacudida espiritual. Afirma con un maestro hindú que un occidental no debe tratar de adorar a una divinidad hindú, Krishna, Rama, por no disponer de un inconsciente para ello. En el silencio interior se le manifiesta el Espíritu; en él surge la alabanza-oración más allá de todo diálogo verbal.

El autor va encontrando respuesta a tantos cuestionamientos, hasta dar con la afirmación de V. Frankl: “Quien es capaz de dar un sentido a su vida es una persona espiritual”. La condición para esa espiritualidad es la pureza de corazón: un corazón puro es un corazón vacío, sin ego, capaz de llegar a esa profundidad donde habita lo divino. En el Carmelo obedece a su impulso espiritual, místico; hasta que opta por “compartir mi vida con una compañera” reorientando su vida. Esos cambios de vida no son dificultad para permanecer en el amor de Jesús, aunque reconoce las limitaciones en la capacidad de amar. Los otros forman parte integrante, son

la expresión de los dones del Espíritu que vive en su interior. En toda circunstancia se constata el deseo espiritual, motor de la voluntad, y eso es determinante; lo contrario ocurre cuando hay una apropiación de las cosas para fines egoístas.

El camino espiritual es todo un proceso: fase inicial como impacto sensible; etapa mediana de maduración con cambios inesperados; y fase de la realización, como unificación del ser en un florecimiento singular de las cualidades humanas y de las tareas del Espíritu. Se llega al altruismo y a la ejemplaridad humana. Hay abundantes visitas a los místicos, sobre todo a Juan de la Cruz y a Teresa, para dar con el sentido metafórico de expresión de los estados del alma. Llega un momento en que el apoyo está en una “fe desnuda”, liberada y despojada de imágenes favoritas; momento en que la luz se adueña de la persona; esa luz de Cristo que abre al conocimiento más allá de lo conocido: “*En la noche dichosa/ en secreto que nadie me veía/ ni yo miraba cosa/ sin otra luz y guía/ sino la que en el corazón ardía*” (J. de la Cruz) En la ausencia de imágenes y gustos, se despierta otra conciencia, otro conocimiento que trasciende toda ciencia. Esto no debe llevarnos a error, puesto que el objetivo del viaje espiritual no es el aislamiento a uno mismo, es llegar a ser plenamente humano, solidario con los demás. Llegar a la etapa perfecta, unida a Dios, realizada,

despertada, liberada de vida –*jivan mukta*– es la etapa de la humanidad que irradia la sustancia de su propio misterio a través del prisma de este fruto del Espíritu.

Y llegamos al sentido del misterio, que no es sólo captar aquello a lo que no puedo llegar con mi inteligencia; es una humilde adhesión a algo más, a una dimensión nueva, más allá de mí mismo, trascendente, que quiere establecer una relación de diálogo. Es un modo de conciencia nuevo: un despertar a la dimensión divina de la existencia, al potencial divino escondido en sí y que anima todas las cosas. En lo secreto de la existencia surge una fuerza de adhesión espiritual; una nueva conciencia: se trata de la fe-confianza, diferente de la fe-confesión.

Se va cerrando la obra con la pregunta: ¿Qué espiritualidad para el siglo XXI? La palabra que ilumina todo es diálogo: una humanidad conducida y animada por la espiritualidad en diálogo. En el diálogo excavamos ese pozo para encontrar el agua de Dios y eso debería valer para todas las religiones. Dios está más allá; las religiones son guías hacia Dios, iniciadoras en su misterio. Colocamos la vida espiritual en el centro de la misión que no es otra que anunciar una presencia trascendente, divina, creadora, y propone una pedagogía espiritual. La vocación de las religiones es estar al servicio del despertar espiritual

del hombre. Orar, meditar, invocar las fuerzas del Espíritu, reunirse en un silencio de comunión, es todo un acto político capaz de fracturar la capa de somnolencias espirituales y éticas de las indiferencias ante el sufrimiento humano. Hay llamamientos de las desolaciones humanas y el Espíritu inspira decisiones estructurales, económicas, sociopolíticas y de orientaciones de civilizaciones futuras.

El autor hace una auténtica confesión de fe cuando dice que “mi vida está jalonada por la presencia de Cristo desde el día en que me cautivó”. Recuerda en Mc “Id al mun-

do entero y proclamad el evangelio a toda la creación”. Y sigue el consejo de Francisco de Sales: “No hables de Dios más que si te preguntan, pero vive de tal manera que te pregunten”. Alguien tiene que ayudar a desplegar lo que mora en lo más profundo del hombre para hacerlo más humano teniendo en cuenta que espiritualidad, arte y civilización, no pertenecen a ninguna religión ni filosofía, a ninguna escuela o ideología; son el tesoro de la humanidad. Esto nos pide: atención silenciosa, sentido del misterio y diálogo.

José M^a Martínez

VIDA RELIGIOSA

Luis Alberto GONZALO DÍEZ, *El fenómeno comunitario de la vida consagrada. Hacia un nuevo paradigma de reorganización, Perpetuo Socorro, Madrid 2019, 481 pp.*

Este libro es el resultado de un esfuerzo enorme por sondear en la realidad de la vida religiosa de las últimas décadas para ofrecer una visión muy contrastada de lo que hay y ofrecer pistas, como dice el subtítulo, para encaminarnos hacia un nuevo paradigma de reorganización. El autor nos comunica aquí, de un modo amplio y muy autorizado, el resultado de un trabajo al que se ha dedicado durante mucho tiempo, y no solo un trabajo de despacho, sino también en contacto muy directo, a pie de

obra, con los religiosos y religiosas con los que tiene mucha relación. A pesar de esto, el tono del libro resulta excesivamente académico, intelectual, tanto en el esquema como en el vocabulario. Aunque la conclusión a la que apunta el libro se desvela sobre todo en la tercera parte, ya deja claro desde el comienzo que el gran tema de todo este inmenso trabajo, hacia donde apunta el nuevo paradigma que se propone, es el de la vida comunitaria. Pero el análisis que Luis Alberto Gonzalo realiza no se detiene

solo en la vida comunitaria, sino que afecta a la vida consagrada en general.

El libro se estructura en tres grandes partes. En la primera se ofrece la descripción del fenómeno de la comunidad religiosa en el contexto y el momento concreto de la Europa de finales del siglo XX y comienzos del XXI. Como ya he dicho, en realidad aborda una descripción global de la vida consagrada, con una acentuación mayor de la vida comunitaria; en la segunda, se centra más de lleno en la realidad de la comunidad, ofreciendo diversos elementos y claves para el análisis y el discernimiento teológico-ético de la misma; y en la tercera parte, *Hacia un nuevo paradigma de reorganización que tiene como centro la comunidad*, es donde se encuentran las reflexiones y las líneas que dan respuesta al objetivo del libro. Es esta tercera parte, sin duda, la que resulta más enriquecedora y propositiva. Las dos primeras se hacen excesivamente exhaustivas, analíticas, repetitivas... Difícilmente podrían ser de otra forma, ya que el autor ha profundizado en múltiples fuentes que le permiten ofrecer una visión profunda y para nada anecdótica de la realidad: documentos papales, aportaciones de los Papas a determinadas congregaciones religiosas, citas de teólogos muy autorizados en torno a la vida consagrada, documentos propios de algunas congregaciones...

De la misma forma que el autor muestra su honda preocupación por los derroteros en los que se ha encaminado la vida religiosa en estas décadas (falta de visibilidad, preocupación por las nuevas generaciones, tan minoritarias, dificultad para renovar la esperanza de tantos religiosos y religiosas, debilitamiento de las estructuras y falta del liderazgo necesario, repetición incesante de estructuras que ya son caducas...), de la misma forma, digo, el autor comunica su esperanza, sin ocultar las enorme dificultades, en que la vida religiosa encuentre un nuevo camino. Señala con claridad que se está produciendo un verdadero esfuerzo de búsqueda, de reflexión, de esperanza, en medio de la debilidad y la fragilidad. Y apunta, desde la primera a la última parte, que es en la vida comunitaria, en la fraternidad, donde se encuentra el tesoro de la vida religiosa y el verdadero camino de reorganización y vitalidad.

Insiste a lo largo de todo el libro, apoyándose en múltiples fuentes que conoce muy bien, no solo en la necesidad de la reforma de la vida consagrada, sino en la emergencia de una nueva vida religiosa, que es tanto como decir de una nueva comunidad religiosa. Aun así, y aunque ya he señalado que la tercera parte es más propositiva, da la impresión de que la descripción y la crítica a la situación actual es mucho más fuerte y extensa que el

ofrecimiento de pistas y propuestas concretas.

La comunidad es el centro y motor de la renovación, el subrayado principal de la vida religiosa. Una comunidad que no es un elemento más, sino que se debe expresar en una “exagerada fraternidad”, en la que se hagan visibles los valores evangélicos, la encarnación del Espíritu, la capacidad de estar muy por encima de la eficacia, sin que el temor a la vulnerabilidad que nos constituye nos frene, lo cual no ocurrirá damos cabida a la confianza. La comunidad es el verdadero paradigma que estamos buscando, algo que nos constituye. “El singular atractivo de la vida consagrada no reside en las obras que la expresan, sino en la mística comunitaria carismática que anima cada presencia” (267).

Junto a esta preponderancia primera de la comunidad, el libro también da mucha importancia a una nueva comprensión del liderazgo, del que la vida consagrada también es deudora y se encuentra muy necesitada, y, concretamente, a una nueva forma de vivir sus reuniones más importantes, los capí-

tulos. A ellos se refiere varias veces a lo largo del libro, subrayando la necesidad de que sean más ámbito de carisma que de efectividad. Dice: “Los capítulos han de perder aquel halo de exhaustividad en el cual se deja poca innovación al Espíritu, para recuperar la emoción que se desencadena gracias a la recuperación de la vitalidad y el protagonismo de la *palabra dada* de cada consagrado y consagrada a la voluntad de Dios” (376).

A lo largo del libro aparecen nuevos conceptos que, más allá de un cierto aire intelectualoide, que pudiera parecer innecesario, al que ya hice referencia al comienzo de la recensión, ayudan a profundizar y a dar forma al pensamiento y, sobre todo, abren cauce para una nueva comprensión de la realidad, de la vida consagrada y, concretamente, de la vida comunitaria: Teoría U de Otto Scharmer (a la que hace varias alusiones, pero de la que en ningún momento ofrece una somera descripción de su significado), transmodernidad, sistemas caórdicos (caos y orden), capacidad autopoética, biocenosis...

Esteban de Vega

Nicolas DIAT, *Tiempo de morir. Los últimos días en la vida de los monjes*, Palabra, Madrid 2020, 220 pp.

Este es un libro realmente especial, porque en él se aborda una temática que a muchos puede repeler. Ya

el mismo título “Tiempo de morir”, parece alejar del gusto por su lectura. Sin embargo, iniciar la lectura es

experimentar que el libro te atrapa, por su hondura, por su estilo a veces poético, por sus descripciones, y sobre todo por la realidad que va presentando, tan desconocida, acerca de la vida monástica y su modo de vivir la muerte. Si ya la vida monástica es en sí misma contracultural, unirla al tema de la muerte, realidad de la que hoy no se habla y hasta se oculta, el resultado es un libro doblemente contracultural. Todo esto hace que el cardenal Sarah, prologuista del libro, hable de “audacia” por parte del autor. Y el mismo cardenal comparte esta audacia cuando afirma que la lectura de este libro “nos permite comprender mejor que la muerte es el acto más importante de nuestra existencia terrenal”.

El autor, Nicolas Diat, es un periodista. Se nota que admira y conoce la vida monástica por el cariño y la hondura con que habla de ella, que le lleva a desplazarse por distintos rincones de Francia para presentar las Abadías de Lagrasse, de En-Calcat, de Solesmes, de Sept-Fons, de Cîteaux, de Fontgombault, de Mondaye y el Monasterio de la Gran Cartuja.

Nicolás Diat invita a leer con atención la experiencia de estas personas que parecen tan especiales, pero de las que afirma: “Estos hombres no son héroes. Sus miedos, sus angustias, sus sufrimientos son reales. Los elevados muros de un

monasterio no cambian nada. La enfermedad puede volverse cruel y los túneles del dolor triturar los cuerpos. La ejemplaridad de los monjes reside en otro lado” (17). Y esta cita se va haciendo muy cierta a lo largo de todo el libro, pues Diat no cae en la alabanza fácil de estas personas, ni de su estilo de vida, aunque lo admire. El término “monje”, de hecho, viene del latín “mono”, que significa “uno”, para dar a entender que la vida del monje es una vida unificada, que vive en perfecta integridad existencial. Sin embargo, aunque ese sea el ideal, los testimonios que se presentan hablan también de sus ambigüedades, de sus dificultades, de sus avances y retrocesos. Y esta capacidad de realismo, de afrontar la vida tal y como es, con sus luces y sus sombras, ofrece al libro, además de veracidad, mucho encanto. Aunque los monjes vivan preparándose para la muerte, y se muestren hasta deseosos de encontrarse con ella, ya que su vida se entendió como *meditatio mortis*, o como *un noviciado de la eternidad*, no se ocultan el dolor, las resistencias, el apego a la vida y a las personas... Incluso, hay ocasiones en las que se habla de la obstinación de algunos monjes para no aceptar lo ineludible. Todos estos rasgos conviven con el desprendimiento, la humildad, la entereza y la entrega confiada. Como en el caso del primer monje que se presenta en el libro, de la abadía de Lagrasse, un enfermo de

esclerosis múltiple que murió de 36 años. Aunque los testimonios más abundantes son los de monjes muy mayores.

No solo habla de la muerte, sino que describe con amplitud, en muchos casos, el proceso de la enfermedad, los sentimientos y reacciones de quienes acompañan al enfermo o al moribundo, sus cuidados y atenciones, su oración, su ayuda para que el enfermo se enfrente, luche o sencillamente acepte confiadamente lo inevitable. La actitud de los monjes para aceptar tanto los momentos en los que la muerte tarda en venir y se espera ya como el único recurso contra el dolor... o cuando su venida aparece demasiado pronto.

Y todo esto se presenta con tonos diversos: a veces desgarradores, hasta llegar a la queja profunda y otros, plácidos y serenos... A menudo, expresados con la hondura que la poesía permite comunicar, necesaria para poder transmitir tanto. En todos los casos late una profunda fe, aunque las grandes preguntas que se formulan sigan sin respuesta definitiva, siempre en espera de que la fe se revele cierta.

Como he dicho, el libro tiene en su realismo uno de sus rasgos más valiosos. A veces se revelan notas de diarios personales o de conversaciones que provocan sorpresas, inquietudes y apreciaciones que desmitifican la vida de los monjes.

Por ejemplo, los monjes no están exentos de enfermedades depresivas o mentales. Se expresa con detenimiento, en este sentido, el caso de un monje muy piadoso en el que el mecanismo del autismo triunfó sobre la riqueza de su vida interior. O el hecho de que tras el silencio absoluto de un monje se pueda esconder una auténtica depresión incomunicada, que lleva al surgimiento de la pregunta sobre el lugar de Dios en la vida de los monjes aquejados de una enfermedad psíquica. O la realidad del suicidio, que también aparece. ¿Cómo encajarla? Son casos tan duros que la comunidad se ve necesitada de “reconstruir su fe”. O decir, sencillamente, que los monasterios siempre han acogido a hombres “que arrastran el dolor de vivir”, para reconocer a continuación: “Los monjes que salen adelante son los que saben que todos sufrimos alguna herida. En un monasterio solemos tener algunas cuentas pendientes con la normalidad” (60). Y también: “El dolor le muestra a cada uno sus límites. Tanto el laico como el monje pueden convertirse en enanos o en gigantes” (68).

Varios de los monjes vierten en el libro sus opiniones sobre la medicina actual, opiniones también claramente contraculturales, por ejemplo sobre el uso de analgésicos, o sobre el miedo desmesurado del momento actual al dolor, o sobre la prolongación de la vida a toda cos-

ta, o sobre la sedación, que cuestionan y en un determinado momento llaman “eutanasia”... Incluso recoge diversas opiniones acerca del sistema sanitario francés que en ocasiones parecen hasta alarmantes, y que, de ser ciertas, serían dignas de denuncia. Sorprende que los monjes, que han dedicado tanto tiempo a la soledad, se muestren totalmente en contra de que alguien pueda morir solo, de ahí que procuren que los enfermos dejen lo antes posible el hospital y vuelvan al monasterio, a la comunidad.

En algunas páginas la lectura del libro se hace un tanto repetitiva, pero en seguida se rehace. De hecho, el acercamiento del autor a cada una de las abadías o monasterios es diferente: en algunos casos, ofrece con más extensión la descripción física del lugar; en otros, describe la liturgia de un entierro; en otros, se recrea en la oración de los monjes y precisa que la oración de la comunidad puede sostener la oración de quien ya

está muy condicionado para poder rezar. Es como si se produjera “una misteriosa alquimia”. En algunos de los monasterios se recuerda a monjes cuya vida y muerte dejó una especial huella en los monjes. A veces, muestra las grandes o pequeñas diferencias que se dan entre unas abadías y otras y entre unos monjes y otros: los canónigos de San Agustín, los benedictinos, los cistercienses, los cartujos... Los canónigos de San Agustín, por ejemplo, son más dados a derramar lágrimas ante la muerte de sus hermanos que los demás; mientras que los cartujos son los que, por vocación, viven preparándose más para la muerte y no sienten tanto morir solos.

Los dos capítulos que me han despertado una mayor sorpresa han sido el que dedica a la abadía de En-Calcat y a los cartujos de la Gran Cartuja; pero todo el libro me ha parecido digno de una detenida lectura.

Esteban de Vega

EDUCACIÓN

José Antonio MARINA, *Proyecto Centauro. La nueva frontera educativa. Un modelo para los próximos treinta años*, Khaf, Madrid 2020, 280 pp.

El autor comienza llamándose a sí mismo un conspirador fracasado (de *co-inspirare*) ya que ha escrito, fundado, hablado, pero reconoce que muchos esfuerzos suyos han sido en vano. En esta ocasión hace

una propuesta de teoría psicológica y filosófica sobre la educación. Se coloca entre las ideas de la psicología emergente pensando desarrollar una pedagogía de preparación, decisión y realización; insiste

en la necesidad de una personalidad primero recibida, es la matriz personal, biológica, genéticamente condicionada; y por otra parte la personalidad aprendida, el carácter. Por eso define la educación como equivalente a *instrucción + formación del carácter*.

A partir de la matriz personal se va configurando lo más propio de la personalidad; en ella influyen las competencias; o sea, las habilidades, destrezas, hábitos, que se convierten en guiones mentales estables, con un papel importante dado a la memoria que sirve para repetir, pero también para inventar, buscar novedad, razonar, fantasear. De aquí que se conceda importancia a lo que el autor llama la *virtud científica* y también a la *creatividad*, para la cual hace falta asimilar la experiencia antes que buscar la originalidad. De siempre se ha favorecido el ejercicio, el entrenamiento, que es el secreto del talento, al que se junta la energía para progresar, la pasión por lo que se hace. Hay que adquirir un conjunto de conocimientos, competencias, procedimientos, pero además esas virtudes de carácter que permiten tomar decisiones adecuadas a lo largo de la vida. El "buen carácter" facilita la llegada a la felicidad (Aristóteles), a la *eudemonía* o al "florecimiento personal".

Somos *sapiens* en un concepto dual: hay una *inteligencia generadora*, automática, pero de gran eficacia; a

ella se junta un nivel intencional, consciente; y ese modelo dual nos da gran actualidad. En la evolución del *sapiens* llega la *inteligencia ejecutiva*, que actúa sobre la *inteligencia generadora* dirigiendo la actividad hacia unas metas. Como ejemplo, los deseos y emociones están biológicamente determinados, pero la *inteligencia ejecutiva* puede transformarlos de tres maneras: regulando su intensidad, inhibiendo su expresión y cambiando nuestra estructura afectiva. Así podemos distinguir el momento de la ejecución, de la acción con sus antecedentes y la decisión de actuar, y la realización de esa decisión. La acción es el objetivo de la educación y la decisión es el centro de la acción que coloca en el centro de cualquier proyecto educativo el aprendizaje de la toma de decisiones; o sea, de la formación de la voluntad. El pensamiento descubre posibilidades, inventa fines, propone metas, compara, calcula, ve consecuencias y busca razones para que el sujeto elija.

En el proceso de crecimiento, la acción depende de los hábitos, los cuales funcionan a nivel no consciente. Por ejemplo, en la infancia se aprende el hábito de obedecer órdenes simbólicas dadas por los demás o por nosotros mismos. Nos admiramos de los esfuerzos excepcionales mantenidos más allá de lo razonable; es una característica humana. A la pregunta ¿quién soy yo? se puede contestar: soy mi modo

de organizar la relación entre inteligencia generadora e inteligencia ejecutiva. Tanto la educación como la vida busca la felicidad; el autor la distingue: *subjetiva y objetiva*. La subjetiva es una experiencia agradable, intensa, que deseáramos durara siempre; la objetiva no es una experiencia sino una situación en la que deseáramos permanecer porque es el marco que asegura mejor nuestros proyectos personales de felicidad. Es un criterio universal; el sapiens debe desear una felicidad de sapiens; Tomás de Aquino dice “lo que está en conformidad con el deseo recto”, y Aristóteles cuando habla de *Nous orektikós*; o de *Orexis noetikós*: Deseo inteligente o inteligencia deseante. La voluntad y la razón se van rectificando mutuamente y se van configurando como apetito recto y recta razón, a lo largo de un proceso de adecuación mutua.

El criterio para evaluar mis deseos no puede venir de mí mismo sino de mi necesidad de vivir en convivencia con los demás. Esto se conjuga con el deseo de “vinculación social” que incluye el amor, la amistad, el afán de pertenencia, el deseo de cuidar y que nos cuiden, el afán de poder, el deseo de dependencia, la ternura, la necesidad de conexión emocional y muchas cosas más. P. Ricoeur: “la auto-realización depende de presupuestos que no están a disposición del propio sujeto con ayuda de los otros, en la inte-

racción”. Vamos caminando para cumplir el gran deseo humano que responda como Mauriac a la pregunta: “¿Quién le hubiera gustado ser?” y su respuesta: “Moi même, mais reussi” (Yo mismo, pero logrado) El término inglés *flourishing* quiere reemplazar a *happiness* y a *well-being*.

El objetivo de las funciones ejecutivas es la edificación de la voluntad liberadora. Voluntad y libertad son metas de un proyecto de la inteligencia humana para controlar el propio comportamiento, de modo que se puede hablar de una pedagogía de las virtudes ejecutivas: el hábito de dirigir la atención, cultivar el habla interior, la reflexión transformadora, la metacognición, la inteligencia reflexiva, el hábito de querer aprender, la libertad, la decisión... Si dotamos al individuo de una voluntad libre tendrá que elegir el criterio de evaluación, ejercitando el pensamiento informado y crítico. Lo que nos libera del determinismo fisiológico es el nivel simbólico, ideal, conceptual, argumentativo, que elimine cinco obstáculos: la pobreza extrema, la ignorancia, el fanatismo, el miedo al poder y el odio al vecino.

El autor insiste en la formación del carácter, la personalidad aprendida, de él depende la acción y la felicidad como último criterio de evaluación de nuestras acciones; la felicidad objetiva y subjetiva. Todas

las culturas y tradiciones coinciden en algunas virtudes: sabiduría, fortaleza, compasión, templanza, justicia y trascendencia. No distinguen la libertad ni la felicidad. El mapa de las virtudes para la felicidad pasa por la capacidad de tomar decisiones, enfrentarse a los problemas, mantener el esfuerzo, evaluar las cosas, mantener vínculos sociales agradables y la autonomía en distintas situaciones.

Se va cerrando la obra con una vuelta al título: el Proyecto Centauro, que supone una inteligencia de ese mismo nombre. Se lo proporciona Kasparov al perder la competición contra el Programa Deep Blue, de IBM. ¿Cómo piensa que será el jugador de ajedrez del s. XXI? Respondió: “Será un jugador Centauro; una cabeza humana en colaboración con su ordenador”. Se tratará de aprovechar los beneficios de lo digital para favorecer al sujeto humano, su autonomía, su protagonismo. Y es la fórmula de la inteligencia Centauro: IC = Biología + Memoria neuronal y artificial. Google, como el tercer hemisferio de todos los cerebros humanos; que los sistemas de inteligencia artifi-

cial formen parte de la inteligencia generadora de las personas. La afirmación de E. O. Wilson: “Nuestra supervivencia a largo plazo radica en que nos comprendamos a nosotros mismos con inteligencia”. En el nivel de comprensión está la calidad de la democracia, personas con conocimientos y carácter necesario para hacerlos posibles. Necesitamos un humanismo de tercera generación capaz de seleccionar los conocimientos para poder decidir en un mundo tecnológicamente complejo.

De todo lo afirmado en la obra, el mismo autor dice que la gran tarea pedagógica es conseguir traducir esto en programas educativos, llevarlo al aula. Es un buen deseo, pero esto puede explicar el sentimiento que el autor tiene de fracaso por tantas cosas que ha escrito y con tan poca repercusión. Podrá afirmar como en la p. 5: Este esfuerzo también es vano. Con todo, hay en la obra muchos elementos de reflexión pedagógica, cuya lectura puede ayudar a madurar a quienes dedican su vida a educar.

José M^a Martínez

Robert J. SWARTZ y VVAA, *El aprendizaje basado en el pensamiento. Cómo desarrollar en los alumnos las competencias del siglo XXI*, SM, Madrid 2017, 285 pp.

La obra comienza con una reflexión sobre la importancia del pensamiento eficaz, entendida como

aplicación competente y estratégica de las destrezas de pensamiento y hábitos de la mente productivos.

El pensamiento eficaz está formado por destrezas de pensamiento, procedimientos reflexivos específicos, por hábitos de la mente dirigidos a producir conductas de reflexión amplias, por la metacognición, valoración sobre lo que se nos pide. Con frecuencia el pensamiento es poco eficaz, ya que se toman decisiones poco reflexionadas o se expresan ideas precipitadas, lo cual nos lleva a pensar que hay que desarrollar destrezas de pensamiento crítico, creativo, de análisis, etc.

Los tipos de pensamiento que se deberían enseñar van sobre todo dirigidos a la toma de decisiones, a la resolución de problemas y a la conceptualización. Todo esto tiene unos componentes, como generar ideas, aclararlas por el análisis y evaluar de forma crítica la información, juzgar sobre la credibilidad y sobre la probabilidad de predicción y juzgar la exactitud de las suposiciones. Es importante crear hábitos de la mente que, aunque no siempre vienen bien definidos, los señalamos como la escucha, la comparación, la inclinación a pensar; así como persistir en la tarea, manejar la impulsividad, ser flexible, buscar precisión, comunicar con claridad. Para que el pensamiento sea eficaz, los alumnos deberán reflexionar sobre lo que tienen que estudiar y lograr un aprendizaje basado en el pensamiento; estrategias, hábitos, planificación, tareas cognitivas de pensamiento eficaz.

Desde una experiencia en 8º grado, de redacción sobre ciencias, los maestros llegan a esta conclusión: ¿Por qué resulta bien lo que han hecho? Porque enseñan directamente procedimientos de pensamiento eficaz. Ej. Analizar el funcionamiento de las aves. Enseñan y refuerzan hábitos de la mente e integran en la enseñanza dichas habilidades en los contenidos. La Maestra Fischer indica en ciencias el tipo de pensamiento que se va a trabajar, como la forma en que pensamos, analizaremos las relaciones entre parte y todo; coloca un mapa estratégico de pensamiento indicando qué partes forman el todo y si faltara una de esas partes qué función tiene cada una y cómo interactúan. Y así combina contenidos con la reflexión sobre el funcionamiento personal. A medida que avanza la clase, les propone reflexionar sobre la forma de pensar y desarrollar un esquema: identificar las partes, su función, etc.

En la enseñanza se van creando esquemas que ayudan la destreza de pensamiento. Cada lección propone destrezas específicas, ejercicios que la favorezcan, transferirla a otros significados y contenidos. Es la transferencia de los hábitos mentales a otras materias, contextos y asignaturas. Esto requiere entrenamiento y repetir tipos de pensamiento mediante actividades metacognitivas. Los alumnos distinguen contextos y generalizan por las actividades de transferencia para un pensamiento eficaz.

Tres técnicas básicas: a) Explicar claramente las destrezas de pensamiento. b) Estructurar la práctica, c) Emplear lenguaje apropiado con el pensamiento a lo largo de la lección. Importante la reflexión metacognitiva; es el “cómo”, los pasos que han seguido bien explicados: “Vamos a comparar... ¿de qué manera sucederá?, ¿qué harías?, ¿qué podemos deducir? ...” siempre con la idea de mejorar los hábitos de la mente y la capacidad reflexiva.

Los autores dedican un capítulo a la metacognición: pensar sobre nuestro pensamiento. Función del córtex frontal del cerebro. Conduce a muchos actos de reflexión sobre lo que hace, su implicación en el proceso, evalúa su eficacia, y planifica procesos de mejora. Hablamos de conciencia metacognitiva. Descartes, I. Kant, Locke, Russell, consideraron la importancia de dicha conciencia; incluso la reflexión metaemocional, bañada con el pensamiento racional. Pensar sobre el modo de pensar es una parte integral del pensamiento eficaz. Esto se puede y debe enseñar como cualquier otra destreza.

Un capítulo dedicado al aprendizaje de la escritura con ejemplos y guiones para aprender a redactar. La eficacia llega por cinco: borrador, revisión, corrección, y publicación. La escritura implica destrezas de pensamiento muy relacionadas con todo lo que es el aprendizaje

y la utilización de las capacidades básicas. Igualmente se insiste en la importancia de la evaluación de los aprendizajes, básica para la eficacia del pensamiento. Pero ha de servir al proceso de aprendizaje, en una espiral que intercala momentos de evaluar, modificar acciones, reunir pruebas, nuevas modificaciones de planificar, actuar... Las pruebas a que se alude son variadas y conocidas, pero incluyen rúbricas para evaluar la destreza de pensamiento del alumno, incluyendo la autoevaluación de su pensamiento eficaz. La evaluación puede elaborar un mapa que guíe el desarrollo del pensamiento eficaz.

Se puede desarrollar un currículo basado en el pensamiento; que además de los contenidos se integren las destrezas de pensamiento. Lo más normal es el aprendizaje de un currículo bien estructurado hechos en función de una tabla de contenidos; pero hay una forma de hacer que los alumnos aprendan a pensar y a integrar es forma en los contenidos. O sea que se ve el currículo a través de estándares educativos y se organizan en función de unos objetivos: 1. Adquirir conocimientos. 2. Razonamiento. 3. Destrezas de pensamiento. 4. Hábitos de la mente y de pensar. 5. Resultados. Así, el currículo se transforma en “basado en el pensamiento”, en el que cada materia es vehículo para llevar a cabo los procesos reflexivos y conseguir la comprensión profunda de los temas. Más de una vez se alude a las “ope-

raciones mentales o capacidades”: clasificar, hipótesis... así como en el aprendizaje por solución de problemas. Siempre con la insistencia en la autonomía de alumno y en su capacidad de toma de decisiones.

Esta obra puede ayudar a muchos educadores a transformar

sus contenidos en vehículo para construir los procesos mentales, que son la exigencia de una sociedad que requiere personas con un pensamiento ordenado, con creatividad y decisión en la mejora de la vida.

José M^a Martínez

SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA

Javier ELZO, *¿Tiene futuro el cristianismo en España?*, San Pablo, Madrid 2021, 350 pp.

El sociólogo Javier Elzo vuelve a ofrecernos un libro sobre la realidad religiosa de nuestra sociedad, en esta ocasión orientado a responder a la pregunta del título, acerca del futuro del cristianismo en España. La respuesta ya la adelanta en cierta forma en el prólogo del libro, cuando dice: “Nuestra respuesta ha sido afirmativa en todos los años que llevamos escribiendo de estas cosas. Pero con otra Iglesia (mis dos últimos libros) y con otra forma de entender y vivir la fe, lo que intento en el presente libro” (pág. 9). Aunque, ya casi al final, advierte de la dificultad de proyectar el futuro de la Iglesia con los datos que nos muestra la Iglesia actual. No solo dificultad, sino que prácticamente es una pretensión inútil, como ya ha ocurrido en el pasado reciente.

El contenido del libro proviene de las conferencias que el autor ha

pronunciado entre noviembre de 2018 y febrero de 2020, y algún otro texto. Y es evidente que, aunque todo el contenido entra bajo el paraguas del título, las distintas partes afrontan temas muy diferentes, alguno de los cuales se aleja bastante de la pretensión inicial. La primera parte se titula “¿Ha dejado España de ser católica?”; la segunda, “Problemas de una Iglesia en la encrucijada”; y la tercera, la que aborda más de lleno la problemática propuesta en el título, “Nuevo humanismo y otro cristianismo para el siglo XXI”.

En el libro se pone de manifiesto la dificultad de analizar y de comprender de un modo profundo, con claridad, el fenómeno religioso. Los datos que ofrecen las encuestas, y el libro está plagado de ellas, sobre todo la primera parte, no se pueden interpretar de un modo lineal, sino

que exigen confrontación con otros datos que condicionan, modifican y hasta contradicen las interpretaciones que se podrían ofrecer a primera vista. Y la variedad de encuestas y de matices en las preguntas, y de confrontación de los datos, el autor la refiere especialmente a España, pero también se ofrecen muchos datos de otros países, especialmente del occidente europeo.

También se ofrecen pistas sobre el diferente modo de afrontar los datos fríos que ofrecen las encuestas. Por ejemplo, hace décadas se le daba un valor muy importante, como un rasgo definitorio de religiosidad, al hecho de que las personas fuesen o no fuesen a la iglesia. Hoy este rasgo se relativiza porque ir a misa ha dejado de formar parte del universo mental de la gente. De la misma forma, intentar estudiar y comprender el fenómeno de la piedad popular se hace muy difícil y es necesario actuar con mucha prudencia para efectuar los análisis. Se ofrecen distintos ejemplos de esta piedad popular, siendo el del Camino de Santiago el que se me ha hecho más interesante, aunque dudo mucho que el ejemplo del Camino de Santiago entre de lleno dentro del mundo de la piedad popular. Lo que parece claro es que ya no podemos pensar, como se hizo en otras épocas, que la piedad popular es la que corresponde fundamentalmente a las personas de condición social muy modesta y de bajo nivel cultural.

El libro, por tanto, no se ciñe al tema central y transcurre en ocasiones por otros temas que guardan una relación más o menos cercana. A veces puede parecer excesivo, pero lo cierto es que ofrece mucha información muy aprovechable, de la que destaco algunas ideas que me han parecido de gran interés:

No debe preocupar que en el terreno de la fe vivamos confrontados por la duda. Como decía Chesterton, un creyente que no duda es un creyente dudoso.

El momento actual viene marcado por el pluralismo y modos muy diversos de entender y vivir la religiosidad, pero sobre todo viene caracterizado por el imperio del individualismo.

España se encuentra actualmente entre los países con mayor número de no creyentes y con una juventud crecientemente no religiosa. Mientras que no ocurre así en el resto del mundo, exceptuando el occidente europeo.

Interrogado Paul Ricoeur acerca de su cristianismo y la posibilidad de que si hubiera nacido en otro país hubiera sido creyente de otra religión, respondió que él era cristiano “por un azar transformado en destino por una elección continuada”.

En un ambiente socialmente tan adverso a la Iglesia, llama la atención que en 2016 la labor social de la Iglesia apareciera entre las instituciones y entidades más valoradas por los españoles (76%), mientras que la valoración positiva de los obispos solo correspondía al 24%. Solo los políticos adquieren una valoración aún más baja que la de los obispos: 13%.

El papa Francisco está sufriendo duros ataques por parte de influyentes medios y personas de Estados Unidos por su rechazo a la teología de la prosperidad y al dios Dinero.

Se ofrecen reflexiones muy profundas y dignas de atención acerca de la fraternidad, en el ámbito secular, de muy diversos pensadores. Y esta temática se hace especialmente intensa a medida que el libro se acerca a su final.

Sobre el transhumanismo, que se aborda en la obra de forma rápida, se afirma que este tipo de avances científicos y técnicos solo tendrán un carácter positivo si realmente coinciden con el progreso humano, que es al mismo tiempo intelectual, ético, político y social.

Especialmente pertinente me parece la reflexión que ofrece al aludir a la imperiosa necesidad de la alteridad para salir del autismo actual y de la construcción de un dios a medida. En este contexto, afirma: “solamente la comunidad, la escucha de los *otros* y la apertura y escucha del *Otro* nos permiten salir del autismo”.

En la última parte del libro muestra un tono esperanzado, un tono que llama la atención a tenor de lo que las encuestas reflejan, pero que Javier Elzo defiende una y otra vez. Afirma que la edad de oro de la Iglesia puede estar en el futuro, más que en el pasado, y también que en no pocos jóvenes se perciben ya las limitaciones del mundo secular y se abre paso la era postsecular. Todo esto es muy cuestionado, obviamente, por otros autores que no acaban de ver motivos para defender esta postura. Pero ya desde el principio del libro el autor toma partido al hablar no ya de una era secular, sino postsecular, porque hay “una demanda de sentido y de plenitud que se quiere vivir en comunidad, a menudo muy reducida, y que respete la individualidad de cada cual” (pág. 11).

Esteban de Vega

ÉTICA Y MORAL

Luis ARANGUREN GONZALO, *Tiempo emergente. Meditaciones desde la ética del cuidado*, Khaf, Madrid 2021, 200 pp.

Conjunto de artículos de variada extensión y temática, aunque predominan más bien los de pequeña extensión, que han sido publicados previamente en revistas como *Alandar*, *Humanizar*, *Antena Misionera* y la web. Por medio de ellos, Luis Aranguren Gonzalo intenta hacernos tomar conciencia de la crisis global en que nos encontramos y darnos la esperanza de que existe una cura. La crisis tiene como frentes principales la destrucción de la naturaleza debida a nuestro sistema productivo, la injusta distribución de la riqueza, la emigración forzosa, la explotación, los valores supremos que reinan en nuestra sociedad, entre los que destacan el de la acumulación y la lucha por el éxito individual. Y un tema que aparece con mucha frecuencia, que afecta global y concretamente todo lo que vivimos desde hace muchos meses, es la realidad de la pandemia.

El prologuista, Javier Sáez de Ibarra, nos dice: “No habrá salvación si las transformaciones no se producen en la esfera ecológica, económica o sociopolítica; pero tampoco si no ocurren igualmente en nuestras relaciones, nuestros hábitos, nuestros valores y, llamativamente por tantas veces olvidada, nuestra interioridad” (p. 6). Por tanto, es una llamada a cada persona y al conjunto de la sociedad para iniciar una urgente conversión, si realmente queremos poner cura a tanto mal.

El subtítulo de la obra es “Meditaciones desde la ética del cuidado”, lo cual prepara el ánimo del lector para aceptar la invitación de Luis Aranguren a dar un salto evolutivo hacia el cuidado como pilar básico desde el cual apuntalar el nuevo modo de comprendernos. Cuidado en un sentido personal y relacional, pero también más amplio, abriéndonos a una nueva forma de vivir que la situación de la tierra nos pide. Por eso habla de una nueva comprensión de nuestro modo de vivir, que se propone con el término de “paradigma del cuidado”.

El libro tiene una cuidada presentación, a la que contribuyen páginas de fondo negro con fotografías, a veces a color, de Lidia Troya y con citas de distintos autores. Lástima que, por el contrario, aparezcan algunas erratas en el texto que convendría corregir en una futura edición.

En esta obra se abordan temáticas diversas, pero que tienen mucho en común, por lo que expresan de

preocupación ante la realidad y de deseo de cambio: el sentido, la comunicación, la despersonalización, la apertura al diferente, la prioridad de las personas, el utilitarismo y la gratuidad, la ecología, el consumismo, los valores, la soledad, la educación, la violencia, el perdón, la rigidez de los números y las estadísticas a cuyo compás nos movemos, la necesidad de poner rostro a la realidad de la problemática mundial, las duras condiciones de los emigrantes para llegar donde desean, si es que lo consiguen, la persecución que sufren quienes luchan por un mundo mejor; la necesidad de vivir con menos prisas y produciendo menos; la necesidad de cuidarse a uno mismo, pues por ahí empieza el verdadero cuidado...

Todos estos temas se tratan de un modo sencillo, cercano, a veces a partir de ejemplos reales, porque se nota que quien nos los comunica se encuentra implicado en ellos de primera mano. Ofrece, de hecho, ejemplos de trabajo por la justicia y de colaboración que no son conocidos por muchas personas: la red de intérpretes mediadores, la red de solidaridad que se ha creado en torno al “tren de la Bestia”, en México, algunas iniciativas dentro del mundo educativo...

Muchos artículos se inspiran en pensamientos e ideas de otros autores, a los que cita y de quien se siente deudor, de quienes ofrece pensamiento

muy breves, con un condensado sentido y de profundo significado, como los que recojo a continuación: “El futuro es el tiempo de Dios” (José L. Segovia); “La persona es somos andando” (Paulo Freire); “Hablar del ser humano sin hablar del cuidado no es hablar del ser humano” (Heidegger); “La vida nos ha sido entregada a quemarropa” (Ortega y Gasset); “Decile a alguien que yo estoy aquí” (Eduardo Galeano); “El hombre es tierra que anda” (Atahualpa Yupanki); “Converso con el hombre que llevo dentro” (Antonio Machado); “Sé tú el cambio que quieres para el mundo” (Gandhi); “¿Se puede llevar una buena vida en medio de una mala vida?” (Adorno).

La temática fundamental es de tipo humano, de compromiso, de solidaridad, de crítica social... El planteamiento cristiano de vida está en todos, pero se aborda específicamente en muy pocos: alusiones a la *Laudato si* del Papa, alusión al soplo del Espíritu de Dios...

A pesar de ser artículos diversos, de distintas publicaciones, es cierto que algunos son muy recurrentes en la temática, como los que se refieren a la situación del covid. Hay capítulos que me han pasado desapercibidos, y otros que realmente suscitan una reflexión personal más continuada. Entre todos ellos, destaco el que se titula “Licenciar al soldado leal”.

Esteban de Vega

FILOSOFÍA

BYUNG CHUL HAN, *No cosas. Quiebras del mundo de hoy*, Taurus, Madrid 2021, 122 pp.

La tesis del libro señala que, aunque parezca lo contrario, por el hecho de hablar constantemente del materialismo, vivimos en un mundo de no-cosas, desmaterializado, donde la realidad es sustituida por la información. “El orden terreno está siendo sustituido por el orden digital, que desnaturaliza las cosas, informatizándolas”. Nada es sólido, tangible, ni habitamos la tierra, sino *Google Earth* y la nube. Como la información es volátil, fluctuante, no hay reposo en la vida, no hay asidero. No hay firmeza del ser. Vivimos envueltos, rodeados, dominados por la contingencia, tal y como señala Niklas Luhmann.

El hecho de que haya una multiplicación explosiva de cosas, y que el consumismo siga siendo un elemento esencial de nuestra sociedad, lejos de significar que las cosas adquieren un carácter de solidez significa precisamente lo contrario: es prueba de la creciente indiferencia que sentimos hacia ellas.

Como en otros libros del autor, la mirada inquisitiva de Byung Chul Han nos conduce a un análisis profundo de la realidad, en el que se descubre una nueva configuración del ser humano; y, en este caso, una

nueva ontología de las cosas; porque los cambios culturales, que este filósofo describe de modo tan profundo, provocan también cambios de tipo ontológico en nuestro ser y en la relación con los demás seres, en este caso, con las cosas. De ahí que uno de los autores más citados sea precisamente Heidegger.

El libro es profundo, como todos los de este filósofo, con frases breves, densas, en las cuales se barrunta una nueva interpretación de la realidad. En ocasiones, a partir de una profundización en el Dasein heideggeriano, el término ontológico para el hombre. El ser humano no accede al mundo que le circunda por medio de la mano, tal y como expresaba Heidegger, pues ya no maneja las cosas, sino que se comunica e intercambia información con ellas. Porque las cosas ya son más “actores” que actúan, que influyen, que ofrecen su propia información: el coche, los electrodomésticos, los medios de información, que se preocupan por nosotros, no solo nosotros por ellos, pues “monitorizan” nuestra vida. Los algoritmos, sin que seamos conscientes, controlan nuestra vida. La idea de que podemos conseguir el conoci-

miento de la verdad cada vez se aleja más, y por eso crece nuestro convencimiento de que es imposible conseguirla y tendemos a desentendernos más de ella. Lo que importa es la eficacia a corto plazo; la verdad requiere tiempo y nosotros no estamos para lo que requiere mucho tiempo.

Aunque el análisis de Byung Chul Han está profundamente centrado en el momento actual (tecnificación, cultura de la información, del ocio, corrientes artísticas de hoy en día...), y lo hace en referencia especialmente a filósofos, pensadores, poetas, artistas actuales o de las últimas décadas (Barthes, Walter Benjamin. Luhmann...), a veces sus referencias culturales son de pensadores de la Grecia clásica, del idealismo alemán... Igualmente, a pesar del origen oriental de este pensador, no es extraña la utilización de la etimología de lenguas occidentales, a las que extrae todo su potencial significativo para profundizar en el sentido de las palabras: el alemán, el latín, el inglés...

Quizá una de las ideas más iluminadoras, expresada con especial intensidad en este libro, pero afín a otras obras suyas, es la de la soledad del ser humano. La hipercomunicación de las personas en el fondo nos hace sentirnos más solos, porque falta la presencia del otro, al que por otra parte le robamos la otredad desde nues-

tros aparatos de comunicación. La afición por los *selfis*, que son pura exhibición, sin historia ni recuerdo, sin alma. O el fenómeno de la inteligencia artificial, que aún no ha revelado totalmente su poder transformador... Todo esto le hace decir: “Nos comunicamos continuamente sin participar en una *comunidad*. Almacenamos grandes cantidades de datos sin *recuerdos* que conservar. Acumulamos amigos y seguidores sin encontrarnos con el *otro*. La información crea así una forma de vida sin permanencia y duración” (12). Este análisis recuerda en cierto modo, desde otro tipo de acentos y realidades, lo que expresaba en el libro *La desaparición de los rituales*, porque todos los ejemplos que presenta y los análisis que realiza llevan a pensar en una realidad sin anclajes, sin estabilidad, sin solidez.

Como muestra de su estilo denso, de frases breves pero cargadas de intensidad, cito las siguientes.

“Todo lo que tocamos adquiere forma de mercancía. El *Tinder* degrada al otro a objeto sexual. Privado de su otredad, el otro también se torna objeto consumible”.

“La mano es el órgano del *trabajo*... Lo que se usó siempre. En nuestra cultura actual, usamos el dedo... Es el órgano de la *elección*. Menos trabajo, menos posesión, y más disfrute”.

“Puesto que al tocar la pantalla del *smartphone* someto el mundo a mis necesidades, el mundo parece estar digitalmente a mi entera disposición”.

“La no resistencia digital, el entorno *Smart*, conduce a una pobreza del mundo y de la experiencia”.

“Si subordinamos completamente la vida a funciones e informaciones, desterramos de ella lo divino”.

“El capitalismo consumado es el capitalismo del *me gusta*”.

“Solo una *reanimación de lo otro* podría liberarnos de la pobreza del mundo”.

“La positividad del *like* transforma el mundo en *un infierno de lo igual*”.

La lectura del libro supone un reto constante en el que la admiración y la sorpresa surgen con frecuencia.

Esteban de Vega

Jean GRONDIN, Paul Ricoeur, Herder, Barcelona 2019, 171 pp.

Obra breve en la que se recoge el pensamiento y el recorrido intelectual del pensador francés, intentando, a pesar de resultar una empresa muy difícil, hacerlo con claridad y, desde luego, con mucho afecto. Se comienza reconociendo las grandes influencias de las que Ricoeur es deudor (la filosofía reflexiva de Maine de Biran, Ravaisson, Lachelier, Nabert; el personalismo de Mounier y el existencialismo de Gabriel Marcel y de Karl Jaspers, dejando claro que la filosofía de Ricoeur parte en realidad del intento de respuesta a una pregunta: “¿Qué soy yo?”).

Grondin destaca, tanto como la hondura y validez de su pensamiento, la honestidad y calidad de su vida. Y esta se refleja en su aportación intelectual, en la que opta por la conciliación y la comprensión, tendiendo

a veces puentes entre ideas que para otros serían irreconciliables. Prefiere la síntesis a la antítesis y esto lo deja claro en muchos de sus temas, en los que se refiere a lo voluntario y lo involuntario, lo intelectual y lo afectivo, la teoría y la práctica... De todo ello, Grondin da cuenta en esta breve obra, pero tratando con mayor amplitud, y haciendo de ella el hilo conductor del libro, a la hermenéutica. La hermenéutica es el camino para llegar en definitiva a su objetivo, que ya presenté como el conocimiento de sí, pues Ricoeur dice. “La vía regia del conocimiento de sí no es la de la introspección, sino la de la interpretación de los signos, los símbolos y las narraciones en las que se relata nuestro deseo de vivir” (37).

Aunque es muy breve, la biografía de Ricoeur es muy interesante. Sorprende especialmente la dureza de

su vida: la temprana orfandad, tanto por parte de madre como de padre, y además la muerte de su padre se produce precisamente en combate, en la primera guerra mundial; el hecho de que fuera prisionero en un campo de concentración durante la segunda guerra mundial; que un hijo suyo se suicidara; o que pasara por épocas en las que sus colegas franceses le marginaron por su forma de filosofar y por la orientación de su pensamiento.

Su filosofía pone un fuerte acento en las posibilidades del hombre: el esfuerzo, la emoción, la pasión, a la vez que dedica parte de su trabajo a reflexionar sobre la limitación del ser humano, en sus pensamientos sobre la falibilidad, el mal y la culpa. A estos aspectos los considera tan profundos y complejos que solo nos podemos acercar a ellos por medio de los mitos. También reflexiona sobre la trascendencia, a la que considera como aquello que “libera la libertad de la falta”, y lo sagrado. Con todo, nunca llegó a escribir una obra prometida acerca de la trascendencia. Se acerca también al estudio de la fenomenología de la religión y a la dialéctica entre el placer y la felicidad.

Pero su gran tema, como ya dije, al que Grondin dedica gran parte de este libro, es la hermenéutica. Esta le permite acercarse a la trascendencia, comprender mejor la realidad para reavivar la filosofía al

contacto con los símbolos y remediar las heridas de la modernidad. En este sentido, es especialmente interesante la comparación y el diálogo que Ricoeur establece entre la hermenéutica de la sospecha y la de la recolección de sentido. De entrada, son muy opuestas entre sí, pero aquí se observa el carácter conciliador al que hice ya referencia, que le permite a Ricoeur profundizar en el análisis del símbolo y el sentido.

La hermenéutica le lleva a estudiar en profundidad a los grandes pensadores de esta corriente: Heidegger, Gadamer, Dilthey, y profundizar en uno de los temas por los que Ricoeur es más conocido: la identidad narrativa, que entiende como la constancia del ser humano por encima de los cambios físicos y no cómo respuesta al qué soy sino al quién soy, un sí mismo responsable. De este modo, Ricoeur se adentra también en el campo de la ética. Su visión ética le lleva a considerar que en la vida urge una solicitud por el otro, y especialmente por el otro que sufre. Con todo, debo indicar que el exceso de precisión y la abundancia de matices de Ricoeur en torno a la hermenéutica, sus puntos de comunión y de discrepancia con los otros autores, hacen que esta parte del libro se haga más tediosa o solo apta para lectores más iniciados.

El libro dedica una referencia detenida a las obras de Ricoeur, al modo

en que fueron planteadas originalmente y al resultado final. Se refiere también a obras que el filósofo francés se había propuesto escribir sin llegar nunca a hacerlo, quizá porque otros problemas fueron resultando más acuciantes y prioritarios o quizá porque abordar determinados temas le parecían una

empresa demasiado exigente. Pero, a la vez, destaca Grondin la valentía de Ricoeur para adentrarse en temáticas y planteamientos que abordaba con total libertad, con independencia de cuál fuera el pensamiento dominante.

Esteban de Vega

Eduardo INFANTE, *No me tapes el sol. Cómo ser un cínico de los buenos*, Ariel, Barcelona 2021, 237 pp.

Tras el éxito del libro “Filosofía en la calle”, en el que Eduardo Infante hacía un valioso esfuerzo por acercar el mundo de la filosofía a los jóvenes, en esta obra se centra en un capítulo concreto de la historia de la filosofía, quizá de los menos conocidos, por ser una escuela menor y, tal y como el mismo autor indica, una “escuela perdedora” frente a otras que recibieron más apoyo y se esforzaron por acallarla: la filosofía de los cínicos. El subtítulo de la obra intenta clarificar que se trata de los “cínicos buenos”, ya que en el lenguaje común el término “cínico” no tiene una referencia positiva. Habitualmente atribuimos al término “cínico” significados relacionados con la mentira, el espíritu malévolo, la falta de respeto a la persona... Sin embargo, los cínicos eran defensores en su pensamiento filosófico de todo lo contrario: la verdad, la libertad, la rectitud de conciencia y de intención, la actitud desprejuiciada...

Hay una referencia en las primeras páginas al filósofo Walter Benjamin, según la cual la historia la escriben los vencedores. El ejemplo de la filosofía cínica corrobora esa afirmación, porque el vencedor en la historia de la filosofía parece haber sido el idealismo, que propone como la auténtica realidad el ideal. Frente a este pensamiento, que ha venido profundamente condicionado por Platón, y que tiene en Descartes, Kant y Hegel importantísimos continuadores, el cinismo ha quedado acallado e incluso denostado, deformado.

Según Eduardo Infante, en la vanguardia de la oposición al cinismo, más que el idealismo, se encuentran el epicureísmo y los padres de la Iglesia. Pero no deja de ser curioso que aparezca aquí la escuela epicúrea que, según otros pensadores, ha sido también una escuela perdedora, acallada y, seguramente, más deformada aún que la escuela cínica.

Aunque no fuera su intención, parece que el gran padre del cinismo fue el filósofo Sócrates, que influyó profundamente a Antístenes, verdadero fundador de la escuela. Es curioso: de Sócrates han surgido dos corrientes que han resultado antitéticas: la de Platón y la de Antístenes. Pero, a pesar de que pueda parecer contradictorio, es así. De hecho, el verdadero ideal de vida de los cínicos se podía ver encarnado en la personalidad de Sócrates, porque refleja en su vida los verdaderos ideales de la escuela cínica: el amor a la verdad, la libertad, la vida virtuosa... Tanto Sócrates como los principales cínicos consideraban que era preferible sufrir los males antes que causarlos, reflejando en el modo de pensar y de actuar una independencia absoluta ante lo que puedan opinar los demás.

Presentar a los cínicos le permite a Eduardo Infante realizar una crítica profunda a nuestra época, que en cierto modo es una época similar a la que vivieron los cínicos. En aquel momento era el helenismo el que triunfaba, y hoy es el fenómeno de la globalización, en el que destaca de forma tan incuestionable el individualismo. El pensamiento líquido que con tanta clarividencia destacó Bauman ya se aprecia en el helenismo dominante en la época dorada de la escuela cínica.

Al hilo de la presentación de estos filósofos nos acercamos también al

conocimiento de la cultura griega, de multitud de mitos, de los principales personajes del momento... Destacan fundamentalmente los cuatro grandes cínicos: Antístenes, Diógenes de Sínope, Crates e Hiparquia. En la descripción más pormenorizada de cada uno de ellos, que aborda en el último capítulo, se nos ofrece una descripción detenida de su pensamiento, que va más allá de los clichés y las anécdotas que les han hecho populares, muy especialmente a Diógenes. Y a lo largo de la obra nos acercamos a las vías que proponían para lograr una vida auténtica, que recuerdan en cierta forma el pensamiento budista; conocemos los grandes conceptos de su pensamiento, citados en griego (parresía, adoxía, atimía, autarchía, apatheia...).

Queda claro, tras la lectura del libro, que la escuela cínica no estaba preocupada por la especulación y por el conocimiento teórico, sino que pretendía sobre todo la sabiduría de vida, y que al hilo de su pensamiento se ofrecía un modo de vida que se reflejaba en todas las manifestaciones de la vida personal y social: el matrimonio, la educación, la concepción del hombre y de la mujer, que consideraban iguales, al contrario de la concepción griega del momento, la moral, la sociedad, la religión...

Una obra clara, amena, interesante. Quizá el punto más crítico es

que resulta muy repetitiva, pues las características del pensamiento cínico se repiten en cada uno de los capítulos. Y también se me hace cuestionable la simplificación que realiza de la historia de la filosofía, al establecer de forma tan clara la diferenciación entre los buenos y los malos. Admirar la escuela cínica no creo que deba suponer, como da

a entender en el libro, que las demás escuelas filosóficas son falsas o se mueven por intereses, o que no buscan desinteresadamente la verdad; del mismo modo, no creo que sea justo echar por tierra la fe o la manifestación religiosa, por más que los cínicos lo hicieran.

Esteban de Vega

VARIOS

Pedro CHICO GONZÁLEZ, *Diez cartas de San Juan Bautista de La Salle sobre diez gestos*, Ed. Independently Published, Traverse City, MI 2021, 271 pp.

La obra se subtitula *Consignas, modelos y compromisos para lasalianos del siglo XXI*. Y esa es la referencia constante del libro, pues, como el título indica, se trata de diez cartas que San Juan Bautista dirige a los lasalianos del Siglo XXI. Son cartas a todos los lasalianos, pero de un modo muy especial a los Hermanos.

Leer esta obra es como leer una biografía de San Juan Bautista de La Salle, si bien centrada en diez momentos muy significativos de su vida. Literariamente, se trata de una autobiografía, pues el autor de las cartas, y el narrador de los acontecimientos que en ella aparecen, es el propio Fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Y lo cierto es que, para quienes hemos leído muchas biografías, al leer esta obra nos encontramos con datos y referencias que, excepto para los

que son expertos conocedores de la vida y obra de San Juan Bautista de La Salle, eran desconocidos. Leer este libro supone conocer mejor al santo, ampliar los conocimientos sobre los avatares de su vida y situarse más adecuadamente en el contexto de la época y de la fundación de las escuelas.

El tono de las cartas es animoso, pues Pedro Chico pone constantemente en labios de San Juan Bautista de La Salle palabras de esperanza y de aliento, para transmitir un mensaje que con distintas variaciones viene a ser algo así como “sabad que si las cosas no las tenéis fáciles en el momento actual, por muchos motivos (carencia vocacional, media de edad muy elevada, dificultades de tipo social y cultural, futuro poco halagüeño), yo no lo tuve mejor. Y, sin embargo, per-

severé y seguí adelante”. Recomienda, ante todo, confianza en la providencia, espíritu de fe y espíritu de celo, aquellas cualidades que en vida recomendaba a los primeros Hermanos y que las circunstancias actuales hacen que hoy sean especialmente necesarias.

En las cartas aparecen los grandes motivos de preocupación o de alegría que San Juan Bautista de La Salle vivió en la fundación de las Escuelas Cristianas; pero al estar escritos en primera persona, sitúan de un modo más vital al lector ante lo que supusieron esos avatares en la historia personal y en la fundación del Instituto, ofreciendo a la vez detalles y pormenores no tan conocidos, con referencias en muchos casos a lo que los historiadores y los biógrafos del Fundador habían destacado o eclipsado. En ocasiones, Pedro Chico ofrece visiones distintas de las que se han dado hasta el momento, que son las más habituales. Por ejemplo, se opone a la interpretación más extendida por parte de los historiadores de la estancia de San Juan Bautista de La Salle en el sur de Francia, tras el juicio por el asunto del abate Clément. La interpretación más habitual es que en ese período el Fundador vivió unas dudas terribles sobre su vocación, sobre la fundación de las escuelas, sobre la voluntad de Dios. Incluso hablan de una crisis de fe personal y religiosa. Pedro Chico, por el contrario, considera que di-

cho viaje y la prolongada estancia de San Juan Bautista de La Salle en el sur era más bien una estudiada estrategia de distanciamiento del norte, por el bien de las escuelas y de los Hermanos.

Hay determinados períodos de la vida de San Juan Bautista de La Salle que en este libro revisten una importancia muy grande, mayor de la que se le concede en otras biografías: el envío del H. Gabriel Drolin a Roma, el caso del Abate Clément, la situación de la Iglesia en Francia, a consecuencia de la problemática del galicanismo y el jansenismo, el amor del Fundador a la Iglesia y al Papa...

La obra es de fácil lectura, porque el estilo es ameno y ágil. Pero la edición actual necesita una detenida corrección para evitar las muchas erratas que aparecen en el texto. La edición actualmente da la impresión de haber sido precipitada. Y también es cierto que, aunque la obra se dirige a los lasalianos del Sigo XXI, y así se hace constar en muchos momentos, la realidad de la misión compartida y la asociación está poco presente en el conjunto de la obra y habría merecido la pena que en las cartas hubiese más referencias a los lasalianos no Hermanos, con los que la misión y la vida lasaliana se recrea y enriquece carismáticamente.

Esteban de Vega